EL TEATRO ESPAÑOL.

BIBLIOTECA DE OBRAS DRAMÁTICAS.

QUIEN BIEN TE QUIERA...

PROVERBIO EN TRES ACTOS, Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

CECILIO VEGRAMUNTE.

ESTRENADO EL 18 DE OCTUBRE DE 1872

EN EL TEATRO ESPAÑOL.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL.
Plaza de Prim, núm. 6.
1872.

QUIEN BIEN TE QUIERA...

PROVERBIO EN TRES ACTOS, Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

CECILIO VEGRAMUNTE.

ESTRENADO EL 18 DE OCTUBRE DE 1872

EN EL TEATRO ESPAÑOL.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL.
Plaza de Prim, núm. 6.
—
1872.

A PEPITA HIJOSA.

En testimonio de gratitud y admiracion.

El autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
Aurora.....................	D.ª Josefa Hijosa.
Antonia.....................	» Balbina Valverde.
Irene.....................	» Amelia Chaman.
Elena.....................	» Emilia Dominguez.
Señora 1.ª.................	» Matilde Gomez.
Señora 2.ª.................	» Filomena Tárrida.
Señora 3.ª.................	» Matilde Guerra.
Fernando.................	D. Ricardo Morales.
Anduaga.................	» Leopoldo Buron.
Linares...................	» José Alisedo.
Alfredo...................	» Antonio Zamora.
Eduardo...................	» Alfredo Maza.
Mr. Giraud................	» Antonio Pizarroso.
Caballero 1.º..............	» Enrique Sanchez de Leon.
Caballero 2.º..............	» Alberto Rodriguez.
Caballero 3.º..............	» Ricardo Lopez.
Andrés.....................	» Julian Hernandez.

La accion en nuestros dias: 1872. El primero y segundo acto pasan en una *villa* inmediata á Biarritz. El tercero en Madrid.

QUIEN BIEN TE QUIERA...

ACTO PRIMERO.

Sala baja de un pabellon, en una villa de Biarritz. Al fondo balcon muy ancho con balaustrada y columnas, dejando ver el mar y un horizonte sereno y alegre. Mesa de comedor en el centro, aparadores, sillas y butacas, mecedoras de junco, macetas colgantes con flores.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO y LINARES.

FERN. Pero hombre ¿y no se queda usted á almorzar? Eso ya es exageracion.

LINARES. No; es que no puedo verlo con paciencia.

FERN. Me parece que usted no dudará de mi desinteresado afecto á esta familia. Yo veo lo que usted ve, y trato de poner el remedio.

LINARES. Pues me parece que la cosa no lo tiene.

FERN. Quién sabe.

LINARES. ¡No, hombre, no! Esta es una casa de locos. Anduaga con sus cincuenta y pico de años, ni se arrepiente ni se enmienda. Siempre el mismo; siempre rodeado de parásitos que le explotan, halagando su vanidad. Sus aventuras ridículas de pollo no le permiten cuidar de la educacion de su hija, mi pobre ahijada, á la que veo en una pendiente fatal. Caprichosa, casquivana, voluntariosa, rodeada de calaveras elegantes y perdidos *comme il faut*... ¡Vamos; yo no puedo ver esto!

FERN. No se hizo Zamora en una hora.

LINARES. Razon tenia su pobre tio el bueno del Duque de Astudillo cuando decia, « mi sobrino será siempre el mismo; es tonto de la cabeza y esta enfermedad es incurable.»

FERN. No tanto. Ya verá usted.

LINARES. ¡Quien lo verá es usted! Hombre, cásese usted con la chica. ¡Qué diablos! Quién sabe si ella sentará la cabeza.

FERN. Son esas malas pruebas.

LINARES. ¿Pero usted la quiere algo, eh?

FERN. Hombre, no sé; pero me interesan mucho ella y su padre. Ya sabe usted cuánto le debo; y sabe tambien que soy agradecido.

LINARES. Vamos; usted sin duda como los ve arruinados...

FERN. No creo haber dado á usted derecho para que me ofenda de tal modo.

LINARES. (Bueno.) Hombre, el ser *algo* interesado, no me parece...

FERN. Es que yo no lo soy, ni *algo* ni *nada*.

LINARES. (Eso ya lo veremos.) No se hable más del asunto y vamos al que me ha traido hasta aquí. ¿Quién dice á este hombre que está arruinado? ¿Quién le dice que su tio el Duque de Astudillo ha muerto, y lo que es peor, sin dejarle un real? ¿Quién suelta estas bombas en medio de esta algazara, de esta bulla, de esta fiesta continuada?

FERN. Yo.

LINARES. Usted?

FERN. Sí, señor, yo; pero cuando sea conveniente. Además diré á usted en confianza, que la situacion de Anduaga no es tan mala como parece.

LINARES. (¿Qué dice?) ¿Pero usted no sabe...?

FERN. Lo sé todo. A estas horas, cuando todos le juzgan perdido, es nuestro amigo el heredero del Duque de Astudillo.

LINARES. Qué? (Pero no es posible que éste lo sepa. ¿Quién le habrá podido informar?) *(Esforzándose por disimular.)* ¿Y quién le ha contado á usted eso? ¡Pues hombre! ¡Tiene gracia!

FERN. Lo sé positivamente.

LINARES. Pues si usted quiere bien á Anduaga, no le cuente esas paparruchas. No le faltaba á él más que creer en una fortuna imaginaria, para acabar de derrochar la poca que realmente le queda.

FERN. Comprendo la conveniencia de ocultar á Anduaga este golpe inesperado de la fortuna.

LINARES (Este hombre no sabe el mal que puede hacer. ¿Quién podrá haberle dado tales noticias, ni cómo es posible...?)

FERN. Ruego á usted que no diga una palabra acerca de la muerte del Duque y de su testamento, porque es un secreto. A usted se lo digo, porque sé lo que usted quiere á esta familia; sé lo que se interesa usted por su bienestar, y sobre todo, porque hace años que nos conocemos.

LINARES. Basta de bromas. Usted me conoce ¿no es verdad? ¿Me cree usted un hombre serio, honrado, formal?

FERN. Es usted un dechado de caballerosidad y de hidalguía. Ya quedan de esos pocos ejemplares.

LINARES. Bueno. Ya procuraré yo conservar éste. Pues sepa usted que yo vengo de Stokolmo, donde murió en mis brazos el bueno del Du-

que. Que dos meses ántes de su muerte, otorgó Astudillo en Bruselas su testamento, que redactó á mi presencia y que consultó conmigo. Que yo he sido el que ha traido á España ese testamento, que hace dos dias dejé en Madrid en la interpretacion de lenguas, y que en ese testamento el Duque de Astudillo nombra heredero á su sobrino; pero no á éste; no á nuestro amigo Luis; sino á Gaspar el general. ¿Está usted enterado?

FERN. Pues señor, es raro; debe ser una equivocacion.

LINARES. Digo, me parece que yo podré saber la verdad del caso.

FERN. Sí; ya sabia yo la íntima amistad que unia á usted y al Duque.

LINARES. De toda la vida; y ahora hacia ya años que viajábamos juntos.

FERN. Sí, sí; ya recuerdo. Pues amigo Linares, lo siento; porque con sus defectos y todo, era Don Luis más acreedor á la herencia del tio que su hermano.

LINARES. Pues ahí verá usted; cosas del mundo. Por eso he venido. Ya sabe usted cuánto nos queremos. Yo soy el padrino de Aurora, y he querido yo mismo darles la noticia para poder con mi cariñosa amistad dulcificar sus efectos.

FERN. (*Por la derecha se oye el ruido que produce la alegre conversacion y la algazara de Aurora, Antonia, Anduaga y Alfredo, que vienen á almorzar.*) Aquí vienen. ¡Qué algazara! Si supieran...

LINARES. Me da esto una pena... Yo no sirvo para estas cosas. (*Marchándose.*)

FERN. ¿Se va usted?

LINARES. ¡Pues no me he de ir? Ya me dirá usted cuando haya soltado la andanada... entónces acudiré en su auxilio; pero entre tanto... Vuelvo... *(Váse.)*

FERN. ¡Qué hombre tan raro!

ESCENA II.

AURORA, ANTONIA, ANDUAGA, FERNANDO y ALFREDO.

ANDUAGA. ¡Hola, Fernando! Usted siempre tan puntual.

ALFREDO. Fernandillo!

FERN. (Mequetrefe!)

ANDUAGA. Ea, á la mesa.

ALFREDO. A la mesa. *Allons.*

FERN. ¿Con que *Allons*, eh? Ten cuidado no te rompan alguno.

ALFREDO. ¿A mí?

(Se han sentado alrededor de la mesa todos los personajes ménos Alfredo y Fernando que lo hacen en este momento.)

FERN. Pongo por caso.

AURORA. Esto no me gusta.

ANTONIA. ¿Qué es?

AURORA. Queso de *Brié*. Detesto este queso y todos los dias me lo han de poner delante del plato. No traigan ustedes más este queso; ya he dicho que no le quiero; que me repugna.

ANDUAGA. Pero hija mia, á mí me gusta mucho.

AURORA. Bueno, pues buen provecho te haga.

ANDUAGA. ¡Como me prohibes comerlo!

AURORA. ¡Pero si me ataca á los nervios, papá! Prefiero no venir á almorzar: bueno, bueno: que

damos en que no vendré á almorzar. ¡Almorzaré en mi cuarto; me he divertido! ¡Jesús que fastidio!

ANDUAGA. Pero chiquita, no te incomodes; yo renuncio al queso de *Brié* de muy buena gana.

ANTONIA. Vamos, Aurorita; tu papá renuncia al queso.

ANDUAGA. Que no traigan más queso.

FERN. *(Riendo.)* Se suprime el queso.

ALFREDO. Tiene razon Aurora; no se debe comer queso.

ANDUAGA. ¡Abajo el queso!

TODOS. ¡Abajo el queso! ¡muera el queso!

ANDUAGA. ¿Eres ya feliz?

AURORA. *(Llorando.)* ¡Pobre de mí! ¡Todos me hacen burla! La han tomado ustedes conmigo.

ANTONIA. Pero hija...

FERN. Pero señorita... *(Bajando al proscenio con Aurora.)*

ALFREDO. ¡Aurorita, por Dios! ¿Qué es eso?

ANDUAGA. ¿Pero qué ha pasado?

AURORA. *(Llorando.)* Sí señor; se gozan ustedes en hacerme rabiar. Lo toman ustedes á gracia, y francamente, ¡eso es una descortesía! Ya no quiero almorzar, ni tomar el café. *(Anduaga y Fernando tratan de apaciguarla, y al ir á levantarse dice Aurora.)* ¡Déjenme ustedes en paz! ¡Me voy! *(Marchándose. Tira la servilleta y váse pateando y llorando por la derecha. Todos vuelven á la mesa.)*

ESCENA III.

ANTONIA, FERNANDO, ANDUAGA y ALFREDO.

ANDUAGA. Francamente, no teniamos necesidad de este disgusto.

ANTONIA. Verdaderamente...

ANDUAGA. Verdaderamente la culpa es tuya.

ANTONIA. Ya extrañaba yo que...

ANDUAGA. Pues es claro, mujer. ¿No eres tú la que lleva el gobierno de la casa? Pues si sabes que á la niña no le gusta ese postre, ¿por qué lo pones?

ANTONIA. Si no se ha quejado hasta ahora.

ANDUAGA. Bueno; será lo que tú quieras.

ANTONIA. Pierde cuidado, que no se volverá á poner tal queso en la mesa.

ANDUAGA. Y no te enfades por eso.

ANTONIA. Nó, hombre, nó.

ANDUAGA. Si fuéramos marido y mujer no te diria yo nada; porque entónces serias la madre de mi hija y sabrias perfectamente sus gustos; pero eres mi prima; mi hija apenas viene á ser tu sobrina; y por muy buen deseo que tengas, no tienes tanto interes...

ANTONIA. Por Dios, no digas; que estoy segura de que su misma madre, que está en el cielo, no se tomaria el interes que yo por tu hija. Estos señores lo ven.

FERN. ¡Es muy cierto! Antonia la mima demasiado.

ANDUAGA. Demasiado?

FERN. Demasiado, amigo Anduaga. Yo soy muy franco y digo lo que siento.

ALFREDO. La verdad es que Aurorita se merece todo eso.

ANDUAGA. ¿Verdad que sí, amigo Alfredo?

ALFREDO. ¡Es encantadora!

FERN. Sí; es muy bonita; pero la quieren demasiado... y mal.

ANDUAGA. Hombre, á usted todo le parece demasiado.

ALFREDO. Muriel es muy difícil.

FERN. Y tú muy simple.

ANDUAGA. Muriel!

ALFREDO. Cómo! Qué? ¿Qué ha dicho? Eh? ¿Qué me ha dicho? ¿Cómo me ha llamado?

ANTONIA. Simple.

ALFREDO. Este quiere que nos batamos otra vez como el año pasado.

FERN. Lo sentiré por tí; porque volverás á estar otros quince dias entrapajado.

ANDUAGA. ¡Cómo, usted...! *(A Alfredo.)*

ALFREDO. ¡No haga usted caso; está loco!

FERN. Y tú estás tonto, que es peor.

ALFREDO. Cómo? Eh? ¿Qué me ha llamado?

ANTONIA. Tonto.

ALFREDO. ¡Qué guapa es usted!

ANTONIA. Gracias.

ANDUAGA. *(Levantándose y marchando á un lado con Fernando.)* Le ha tomado usted manía á este pollo.

FERN. Si es un títere, hombre; si no se le puede aguantar.

ANDUAGA. Já! já! ¡Pobre muchacho! Yo le quiero bien. Dicen que ha heredado un millon.

FERN. Así hubiera heredado el sentido comun.

ANDUAGA. Aurora rie mucho con él.

FERN. Sí, eh?

ANDUAGA. Me parece que le hace el oso.

FERN. Lo hará bien y sin gran esfuerzo.

ANDUAGA. Sí? Já! já! Yo cazo al vuelo estas cosas, ¿sabe usted? Phis! No es mal partido... si á ella le gusta...

FERN. Ya no se necesita más.

ANDUAGA. No habrá usted almorzado muy bien.

FERN. Perfectamente.

ANDUAGA. ¿Qué le parece á usted la casa?

FERN. Preciosa. Este balcon vale cualquier dinero.

ANDUAGA. Verdad? Luégo está tan bien situada... Este es

el punto más bonito entre Bayona y Biarritz.

FERN. ¿Qué le costó á usted?

ANDUAGA. ¿La casa? Poco dinero. Allá mi apoderado y el arquitecto *Monsieur Giraud* se entendieron. ¿Qué vistas, eh?

FERN. Magníficas.

ANDUAGA. ¡Qué horizonte! ¿No vas con la niña? Anda mujer. *(A Antonia.)* Toda la planta baja es deliciosa. Quédese usted aquí algunos dias; ahora Biarritz está muy animado. Hay bailes... hay...

FERN. Bueno; me quedaré. Tengo un mes de licencia.

ANDUAGA. ¿Qué hace usted ahora?

FERN. Dirijo las obras del Canal del Ebro.

ANDUAGA. Ya. Que bonita carrera es la de usted. ¿Lleva usted muchos años de ingeniero?

FERN. Cinco.

ANDUAGA. Creí que eran más. *(A Antonia.)* Anda á ver á la niña, mujer; tranquilízala.

ANTONIA. *(Levantándose muy enfadada.)* (¡Ay que niña, Dios mio!)

ALFREDO. ¿Voy con usted?

ANTONIA. Sí, venga usted.

ALFREDO. Vamos. *(Dándole el brazo.)* ¡Cómo me gusta usted!

ANTONIA. Sí, sí. (¡Así me lo hicieras bueno!) *(Vánse derecha.)*

ESCENA IV.

FERNANDO y ANDUAGA.

ANDUAGA. Acompáñeme usted.

FERN. Adónde?

ANDUAGA. Voy á pagar dos mil francos que he perdido anoche en la ruleta.

FERN. Hola?

ANDUAGA. ¿Qué quiere usted? Va uno al casino de Biarritz, oye rodar la bolita... es uno débil...! Sepa usted que la ruleta me cuesta desde que estoy en Biarritz cerca de tres mil duros.

FERN. ¡Qué lástima de dinero!

ANDUAGA. Le reconozco á usted.

FERN. ¿Por qué?

ANDUAGA. Porque es usted el mismo de siempre. Tan económico y tan amigo de su dinero.

FERN. Naturalmente; como que me cuesta mucho trabajo ganarlo. Haga usted lo mismo y verá...

ANDUAGA. Pst! Bah! ¡Bonito consejo! ¿Cree usted que un hombre como yo puede hacer ahorros? En primer lugar, soy jóven aun; en segundo lugar, la posicion en que estoy me obliga á gastar cada dia más; en tercer lugar, no sé negarle un real á nadie que me lo pide; en cuarto lugar, me pide todo el mundo; en quinto lugar, tengo sobre mis costillas á mi prima Antonia que por lo que veo no se casa ya, á pesar de sus buenos deseos y del blanquete con que se tapa sus cuarenta y pico; y en fin, la niña... ¿cómo quiere usted que yo sea roñoso con la niña? A mi niña no le ha de faltar nunca nada.

FERN. Nunca?

ANDUAGA. Nunca.

FERN. ¿Y si se arruinara usted?

ANDUAGA. Hombre, si se cae el cielo, nos cogerá á todos debajo.

FERN. Pero es que yo creo más fácil la ruina de usted que el hundimiento del cielo.

ANDUAGA. Nó, hombre, nó. Con usted puedo hablar de ciertas cosas sin parecer vanidoso porque usted es mi amigo íntimo; ¡una persona como de la familia! Yo tengo una renta muy regular; dentro de poco he de heredar unos milloncejos de mi tio el Duque de Astudillo, que tiene ya más de sesenta años... ¿no he de dejar á mi hija un patrimonio de quince ó veinte mil duros de renta?

FERN. (No está mala la herencia... si supiera...) lo que es jugando á la ruleta, yendo á las carreras de Baden, comprando casas como esta en Biarritz y manteniendo bailarinas francesas, ¡lo dudo!

ANDUAGA. Chist! ¿Quiere usted bajar la voz? ¡Por Dios, hombre, ¡no me descubra usted ante la familia! ¡sobre todo el buen ejemplo!

FERN. Buen pícaro está usted.

ANDUAGA. Jé! jé! ¿Quién le ha dicho á usted eso de la bailarina?

FERN. Ella misma.

ANDUAGA. Ah! ¿usted la conoce?

FERN. *(Riendo.)* ¡Ya lo creo!

ANDUAGA. Demonio! ¡La voy á dejar cesante!

FERN. ¡Y hará usted bien! En fin, amigo Anduaga, yo le quiero á usted muy bien; estimo á Aurora más de lo que usted supone; y crea usted que si acepto el convite de quedarme aquí unos dias, es porque creo que le hago á usted falta.

ANDUAGA. Bien puede ser. Un amigo íntimo hace falta siempre.

FERN. El año cincuenta y ocho mi pobre padre se moria de hambre.

ANDUAGA. Que cosas dice usted.

FERN. Yo llamo siempre á las cosas por su nombre. Mi padre se moria de hambre, despues de haber buscado por todos los medios una manera de vivir decorosa. Yo no podia continuar mi carrera y mi casa se venia abajo. Se acordó de usted; le contó la situacion en que se hallaba, y usted le prestó treinta mil reales á la primera indicacion que le hizo. Con aquellos treinta mil reales bien administrados, hizo mi padre dos ó tres pequeños negocios, vivió mucho tiempo; rehizo su fortuna perdida, y me dió carrera.

ANDUAGA. ¿Pues sabe usted que ya no me acordaba yo de esos treinta mil reales? Ahora caigo... es verdad; se los di... y se dedicó á comprar y vender yo no sé qué.

FERN. Cuadruplicó el capital en dos años.

ANDUAGA. ¡Que cosas se ven! ¿Como podrán hacer eso?

FERN. Desde entónces su nombre de usted ha sido la devocion de mi casa. Mi padre al morir me encargó que recordara eternamente este beneficio.

ANDUAGA. ¡Por Dios, hombre!

FERN. Ya le pagué á usted aquellos treinta mil...

ANDUAGA. ¿Ah, si? No sabia...

FERN. ¿Cómo que nó? Se los entregué á su administrador de usted.

ANDUAGA. Pues no me ha dicho...

FERN. Entónces se los ha comido.

ANDUAGA. Hombre!

FERN. Yo tengo el recibo...

ANDUAGA. En fin; es igual.

FERN. Yo le veo á usted en una pendiente fatal, y

yo quiero evitar una ruina que usted no prevé y que yo veo acercarse á grandes pasos.

ANDUAGA. A grandes pasos me voy yo ahora, y usted conmigo, á pagar sus dos mil francos á Monsieur Richart, que es un secretario de Embajada, muy guapo, con una señora deliciosa que me gusta mucho.

ESCENA V.

Dichos y LINARES.

LINARES. *(Entrando.)* Y á mí tambien.

ANDUAGA. Aquí está el huron. Pero hombre ¿tú por aquí? Hace veinticuatro horas que estás en Biarritz, y apenas te he visto. ¿Por qué te has ido á la fonda? ¿Por qué no viniste ayer á comer, y hoy á almorzar con nosotros?

LINARES. Ya sabes que yo soy muy independiente,

ANDUAGA. Sí, hijo; lo sé. Pero vamos á cuentas. ¿Qué has hecho del bueno de mi tio? Sin escribirme una letra en cuatro años. ¡Buen par estais!

LINARES. No habia tiempo.

ANDUAGA. ¿Mi tio el señor Duque, siempre viajando, eh?

LINARES. Sí.

ANDUAGA. ¿Viajando sin tí? no es posible.

LINARES. No... pues es muy posible. (¡Y lo celebro!)

ANDUAGA. Enigmático estás. *(A Fernando.)* Figúrese usted dos inseparables. Cástor y Polux: Pílades y Orestes. Dos judíos errantes viajando hace cuatro años por esos mundos de Dios, sin darse punto de reposo.

LINARES. *(A Fernando.)* Desde la gloriosa; sí señor. El Duque y yo fuimos compañeros de colegio en el antiguo seminario de nobles. Nuestros

gustos y nuestras inclinaciones se avenian perfectamente. Los dos éramos ricos; los dos solteritos; los dos divertiamos nuestros ocios en el Casino, en la Carrera, en la Castellana, en el Real...

ANDUAGA. Y otros escesos...

LINARES. Vamos que tú...

ANDUAGA. Pero vino el año de gracia de 1868...

LINARES. Verás. Conozco la literatura revolucionaria. *(Con énfasis cómico.)* Desde las columnas de Hércules, hasta las costas del Cantábrico, sonó el grito de... quítate tú para ponerme yo...

ANDUAGA. ¡Y abajo las quintas... y abajo los consumos! Viva la moralidad...

LINARES. Y efectivamente todo eso ha desaparecido.

ANDUAGA. ¡Qué lengua! Te reconozco. Siempre el mismo.

LINARES. Nó, chico: te equivocas.

FERN. El resultado fue que usted y el Duque, á semejanza de otros muchos, se espantaron al oir la voz tanto tiempo comprimida del pueblo.

LINARES. Nó; no sea usted tonto. No es temible el pueblo honrado que de buena fe pide justicia: los temibles son los que explotan aquella honradez, y se proclaman abogados de los derechos del pueblo, para ser luégo sus verdugos. Farsa! farsa! y farsa! La historia de siempre, que se repetirá en el mundo eternamente mientras haya tontos y pillos; es decir, mientras haya hombres.

ANDUAGA. ¡Bravo, chico!

FERN. Sí; pero esa creencia es desconsoladora y conduce al escepticismo político.

LINARES. Será lo que usted quiera; pero es verdad. En suma; yo que nunca he querido ni he necesitado ser explotador, ni me conformaba con ser explotado, propuse al Duque abandonar los patrios lares. Los dos, á semejanza de otros muchos que no ven más allá de sus narices, habiamos pasado gran parte de nuestra vida maldiciendo las cosas de España y encontrando sublime é incomparable todo lo del extranjero.

FERN. Eso sí. Desde el divan del Casino, ó desde el palco de la Opera, se ve muy ilustrada y muy civilizada la gente que no se conoce y que no habla nuestro idioma.

LINARES. Pues ahí verá usted. El tio de este y yo resolvimos hacer este estudio. Arreglamos nuestros asuntos...

ANDUAGA. Eso sí; muy cucos y muy arregladitos.

LINARES. Pues nó, que seriamos como tú. Nunca extendimos el pié más allá de la sábana; todo lo contrario...

ANDUAGA. Lo creo... habreis aumentado vuestra renta para los hijos... bien hecho.

LINARES. ¡Lo que tú no haces! ¡Y los tienes!

FERN. Al órden, señores... veamos. *(A Linares.)*

LINARES. Pues nada. Que hemos dado casi la vuelta al mundo, y hemos presenciado los terribles pugilatos con que amenizan sus fiestas los salvajes de la Australia, y los no ménos feroces y sangrientos de los ilustrados boxadores ingleses: que hemos seguido en todos sus detalles la civilizadora guerra franco-prusiana; que nos hemos conmovido en París, durante el reinado de la Commune, ante la

práctica de las novísimas teorías sociales y políticas que han de salvar la sociedad, y que traigo unos deliciosos apuntes que regalaré á cualquiera que quiera escribir *La historia de la civilizacion del siglo diez y nueve.*

FERN. *(Sonriendo.)* En todas partes cuecen habas.

LINARES. Es verdad... y en mi tierra á calderadas; razon por la cual volví á mi patria desengañado, desencantado y dispuesto á reñir descomunal batalla con el que pondere las excelencias de todo lo que no sea español.

FERN. Estamos de acuerdo.

LINARES. *(A Anduaga.)* Llegué á Madrid y me dijeron que os habiais venido en busca de fresco á Francia.

ANDUAGA. Pero el Duque ¿dónde queda?

LINARES. Ya lo sabrás; que á eso vengo y á otras cosas más, para tí de inmensa gravedad y trascendencia.

ANDUAGA. Pues ahora no podemos prorogar la sesion. Tengo que hacer.

LINARES. Como gustes.

ANDUAGA. Ea; acompañadme á casa de mi acreedor el secretario de la Embajada. Verán ustedes qué mujer tiene. Os presentaré. Vamos. *(Dirigiéndose á la puerta de la derecha.)* Aurora! Aurorita!

ESCENA VI.

Dichos; AURORA desde la puerta.

AURORA. Qué?

ANDUAGA. Adios, hija mia. *(Se despide de ella cariñosamente.)*

AURORA. ¡Adios, papá! ¡Adios, padrino! ¡Adios, Fernando...! *(Marchándose se vuelve á retirar.)*

FERN. / LINARES. Adios!

ANDUAGA. ¿Verdad que es monísima?

FERN. Encantadora.

ANDUAGA. ¿Le gusta á usted?

FERN. Más de lo que usted cree.

ANDUAGA. ¿A que me va usted á pedir su mano? *(Con burla.)*

FERN. Quién sabe.

ANDUAGA. Já! já! vamos por los sombreros. *(Marchándose los tres.)*

ESCENA VII.

ANDRES, con dos enormes ramos de flores, va á llamar á la puerta por donde entró AURORA. Despues AURORA.

ANDRÉS. Señorita!

AURORA. *(Dentro.)* ¿Quién es?

ANDRÉS. ¿Se puede?

AURORA. Adelante.

ANDRÉS. Aquí están ya las flores.

AURORA. *(Saliendo muy contenta y cogiendo los ramos.)* ¿A ver? ¿A ver? ¡Ay qué cosa tan linda! ¡Ay qué bonitos *bouquets!* ¡Ay qué encanto de flores! Antonia! *(Llamando.)* ¡Tia Antonia! Alfredo! vengan ustedes.

ANDRÉS. ¿La señorita quiere algo más?

AURORA. Nó, nada. ¿Cuánto han costado?

ANDRÉS. Cien francos, señorita. *(Andrés coloca los ramos en dos floreros.)*

AURORA. Bueno, mi tia se los pagará á usted. ¡Ay qué flores tan bonitas! Tranlarán... larán... larán. *(Saltando y mirando las flores por todos lados. Váse Andrés, segunda puerta izquierda.)*

ESCENA VIII.

AURORA, ANTONIA y ALFREDO salen por la primera puerta derecha.

ALFREDO. } ¿Qué es?
ANTONIA. }

AURORA. Miren ustedes eso.

ALFREDO. ¡Son magníficos! *Tres jolies.*

AURORA. ¿No decias que no encontraria yo unos ramos tan grandes como quisiera? *(A Antonia).* Pues ahí los tienes. Desengáñate que pagando las cosas bien se encuentran siempre. ¿Verdad, Alfredo?

ALFREDO. Indudablemente.

ANTONIA. ¿Cuánto han costado?

AURORA. Cien francos. ¿No son caros, verdad?

ANTONIA. Anda hija, que á este paso...

AURORA. ¿Ya empiezas á gruñir? Ya sabes lo que te tiene dicho papá; que no me pongas reparos á nada.

ALFREDO. Soy de la opinion de papá.

AURORA. Gracias, Alfredo.

ALFREDO. *(Con petulancia.)* ¿Si yo hubiera sabido que usted deseaba flores...?

AURORA. Siempre está usted á tiempo.

ALFREDO. Voy por ellas. (¿A usted le gustan los heliotropos, verdad?) *(A Antonia. Aurora va á contemplar los ramos.)*

ANTONIA. (Sí; pero no se moleste usted.)

ALFREDO. ¡Ay, Antoñita!

ANTONIA. Si no le creo á usted.

ALFREDO. (Y haces bien.) Usted se convencerá.

ANTONIA. Buen coqueton está usted.

ALFREDO. ¡Pobre de mí!

AURORA. *(Volviendo.)* ¿Quereis flores?

ANTONIA. Francamente, esto es un cargo de conciencia... ¡cien francos!

ALFREDO. ¿Qué vale eso? ¡por Dios!

AURORA. A papá no le importa.

ANTONIA. A mí se me hace demasiado.

AURORA. No parece sino que el dinero es tuyo.

ANTONIA. Bueno, bueno; ahora mismo voy á pagar los ramos y otra porcion de cosas tuyas. Pero desde hoy tú dispones. Haz lo que quieras: yo no me meto en nada.

AURORA. Mejor!

ANTONIA. ¡Pues no faltaba más, sino que además de mirar yo por la casa, me echen en cara si el dinero es mio, ó es ajeno!

AURORA. ¡Pues ya lo creo!

ALFREDO. ¡Vamos, Antonia...!

ANTONIA. *(Llorando.)* ¡Ay Alfredo! ¡No hay peor cosa que estar una de favor en ninguna parte!

ALFREDO. Por Dios, hija; si lo toma usted así... (¡Qué interesante está usted llorando!)

ANTONIA. *(Marchándose.)* Como una es pobre...

ESCENA IX.

AURORA y ALFREDO.

AURORA. ¡Sí; pobre! ¡como que no sé yo que tiene gato!

ALFREDO. ¿Tiene gato?

AURORA. Si, señor, sí; ella maneja el dinero y dicen los criados que tiene gato.

ALFREDO. (Hombre, hombre, me gusta ese gato.) ¡Qué amoscada se va!

AURORA. Déjela usted. Lo que tiene es mucha rabia de que usted me siga.

ALFREDO. ¿De veras?

AURORA. !Ya lo creo! No puede ver que se me acerque ningun muchacho. ¡Como á ella nadie le dice nada!

ALFREDO. ¿Y quién la ha de decir nada, estando usted á su lado? Usted eclipsa todas las hermosuras.

AURORA. Oh! *¡Trop aimable!*

ALFREDO. Yo me felicito de este pequeño disgusto habido entre ustedes porque, francamente, esta tiranía ridícula de Antonia, me tiene aburrido. Eso de que no he de poder ver á usted sin tener delante á esa anciana...

AURORA. Ah! No ve usted que es una especie de mamá... y gracias á que usted tiene el buen sistema de decirle galanterías, que es lo que á ella le gusta; que si no ya le habria plantado á usted.

ALFREDO. Nó, lo que es plantarme, nó; y mucho ménos viendo yo que su papá de usted no me hace el más pequeño desaire...

AURORA. ¿Papá es muy bueno, verdad?

ALFREDO. Una persona apreciabilísima. Yo le conocí en Madrid en el Casino hace dos años. ¡Tan francote; tan guapo; siempre perdia! ¡Un hombre así es una adquisicion! ¿Qué dice de mí?

AURORA. Qué se yo; pregúnteselo usted.

ALFREDO. Ya se lo preguntaré. *(Pausa.)* Y pasado mañana ¿qué se hace aquí?

AURORA. ¿Cómo que qué se hace?

ALFREDO. ¿Pero no sabe usted que pasado mañana es su santo?

AURORA. ¿Y qué?

ALFREDO. ¿Y no se echa la casa por la ventana? *¡Oh mon Dieu!*

AURORA. Hombre!

ALFREDO. Vamos, no tienen ustedes gusto para nada. Ni por lo visto tiene usted quien se interese tanto como yo por su dicha, por su felicidad, y sobre todo, porque no haga usted un papel ridículo. Yo que quisiera solemnizar ese dia de una manera estrepitosa.

AURORA. ¿Con fuegos artificiales, eh?

ALFREDO. *(Como asaltado por una idea repentina.)* ¿Por qué no da usted un baile?

AURORA. *(Sorprendida.)* Yo?

ALFREDO. Usted, ó su padre; la familia, en fin... Un baile en el jardin, iluminado á *giorno*.

AURORA. Iluminado á *giorno*. ¡Ay qué bonito sería eso!

ALFREDO. Yo la llevaria á usted del brazo toda la noche, paseariamos sin necesidad de tener sentada siempre enfrente á la respetable Antonia.

AURORA. Un baile en el jardin... ¿No costaria mucho, verdad?

ALFREDO. Y aunque costara, á su padre de usted ¿qué le importa?

AURORA. Un baile en el jardin, con sus farolitos de colores...

ALPREDO. Sí, sí; con todo lo que usted quiera.

AURORA. ¿Podriamos convidar á nuestras relaciones, verdad? ¿Vendria todo Biarritz, verdad?

ALFREDO. Seria una fiesta que dejaria recuerdos eternos. Su padre de usted gastaria dignamente su dinero... Eso da importancia. Vendria lo más *comme il faut* de la colonia española... eh?

AURORA. Coja usted el sombrero.

ALFREDO. ¿Dónde voy?

AURORA. Avise usted de parte de papá á Monsieur Giraud, el arquitecto que ha hecho esta casa. Ande usted. En cuarenta y ocho horas nos armará un tinglado; dispondrá las cosas; arreglará los paseos... ¿pagándole bien, eh?

ALFREDO. ¿Y no merezco nada por la idea?

AURORA. Vamos; no sea usted malo. Corra usted; corra usted.

ALFREDO. *O revoir*. ¡Hechicera...!

ESCENA X.

AURORA.

AURORA. ¡Qué loco! ¡Un baile! Yo necesito un vestido nuevo. Un vestido de tarlatana blanco con viso rosa... ó si no, nó; un fulard azul claro... Ay! qué bonito va á estar... Antonia! Papá! No; papá no está. Benito! Martin! ¡Me ha hecho feliz la idea; pero muy feliz!

ESCENA XI.

ANTONIA y los criados.

ANTONIA. ¿Qué ocurre? ¿Qué sucede?

AURORA. Hola, tiita; ¿no sabes? Pasado mañana, que son mis dias, vamos á dar un baile en el jardin.

ANTONIA. Qué?

AURORA. Como lo oyes. Anda, vístete, que vamos á comprar unas telas.

ANTONIA. Pero...

AURORA. *(A los criados.)* Usted avise al jardinero que suba... Usted busque á papá por todo Biarritz. ¿Tienes dinero? *(A Antonia.)* Si no, yo tengo todavía. ¡Vamos, anda, anda! ¡Lan, larán, larán!

ANTONIA. (Esto desespera. Unas tanto y otras tan poco.) *(Marchándose todos).*

ESCENA XII.

ANDUAGA.

ANDUAGA. Bueno! Ya hemos pagado. La señora es muy guapa. El marido es muy amable, pero no puede ser. Con esta chismografia de Biarritz, en seguida me colgarian el milagro y podria enterarse la niña, y no estaria bien... estas aventurillas son para cuando estoy solo; para cuando digo á las mujeres que soy solterito... Andres!

ESCENA XIII.

ANDUAGA y ANDRÉS.

ANDRÉS. Señorito.

ANDUAGA. ¿Ha venido el correo?

ANDRÉS. Tiene usted ahí todas las cartas. *(Señalando á la mesa donde las dejó.) (Váse.)*

ANDUAGA. Ah, bueno.

ESCENA XIV.

ANDUAGA. (*Abriendo una carta.*)

ANDUAGA. Vamos á ver. «Señor Don Luis Anduaga; muy señor mio y de toda mi consideracion: Conociendo los buenos sentimientos de usted

y su proverbial proteccion á los desgraciados, esta infeliz familia sumida en el mayor desconsuelo y sin poder ir á tomar los baños de Alhama...» ¡Válgame Dios! Todos los dias lo mismo; Andrés!

ESCENA XV.

ANDUAGA y ANDRÉS.

ANDRÉS. Señorito.

ANDUAGA. Toma, hijo, toma. *(Le da un billete de quinientos reales.)* Escribe tú en mi nombre, como haces siempre en estos casos.

ANDRÉS. ¿A quién?

ANDUAGA. A Don... que se yo cuantos; ahí lo verás. Un pobrecillo que me escribe desde Madrid. Envíale esos quinientos reales. Dile que me alegraré que se alivie. Esto es un saqueo; pero ¿qué se va á hacer? Toma, hijo, toma.

ANDRÉS. *(Tomando el billete y marchándose.)* ¡Quinientos reales! ¡No tendrá él la culpa. Ya se contentará con diez duros...

ESCENA XVI.

ANDUAGA.

ANDUAGA. ¿De París? ¿Quién será este? Ah! *Mon chere bebé*. Já! já! já! ¡Es de Nini...! la pobre Nini... se acuerda de mí todavía.—«Estoy sin contratar; no tengo un cuarto...» já! já! já! Y está escrita con gracia. ¿A ver esto? ¡Gracias á Dios! Me remiten la Gran Cruz de Isabel la Católica: bueno! ¡Para viajar es muy necesaria! A ver, á ver. Carta de mi hermano

Gaspar... ¿qué santo le habrá tocado en el corazon? Estamos reñidos hace dos años, desde que sali fiador por él y pagué un dineral... «Madrid seis de Agosto... Una terrible desgracia...» ah!

(En este momento entra Fernando.)

ESCENA XVII.

ANDUAGA y FERNANDO.

FERN. Anduaga!

ANDUAGA. Muriel!

FERN. ¿Qué sucede?

ANDUAGA. Llega usted muy á tiempo.

FERN. ¡Qué palidez! ¡Qué trastorno! ¡Hable usted!

ANDUAGA. ¡Estoy arruinado!

FERN. Usted!

ANDUAGA. Yo.

FERN. ¡Y sin embargo, hace un momento lo creia usted imposible!

ANDUAGA. ¿Quién puede contar con lo inesperado? ¡Mi hermano me escribe... vea usted... mi apoderado; mi administrador general, el hombre de mi confianza, me ha robado!

FERN. Lo sé.

ANDUAGA. ¿Lo sabia usted?

FERN. Lo he leido en un periódico ahora mismo. Vine por eso.

ANDUAGA. ¿Es público ya?

FERN. Sí, dicen que el señor de Rodriguez, apoderado general del señor Marqués de Anduaga...

ANDUAGA. Ah! ¿me han hecho ya Marqués? *(Buscando entre las cartas un pliego.)*

FERN. Sí, señor, sí, pero eso no produce un cuarto.

ANDUAGA. Aquí está el título.

FERN. ¡Bastante hará usted con eso!

ANDUAGA. Siga usted.

FERN. Dicen que Rodriguez ha reducido á dinero el papel del Estado que constituia la renta de usted, y ha huido á los Estados Unidos.

ANDUAGA. Eso dice mi hermano. Creian que el apoderado estaba en unas tierras mias, y ha escrito desde Nueva York una carta en que se burla de mí villanamente. Esto es horrible, Muriel. ¡La ruina! ¡La ruina de mi casa!

FERN. ¡Qué ruina, ni qué calabazas! Le quedan á usted tierras en Badajoz; una casa en Madrid; un cortijo en Córdoba; esta casa en Biarritz...

ANDUAGA. ¿Y qué vale eso?

FERN. Eso vale dos millones de reales.

ANDUAGA. ¡Pero eso no es nada! ¿Cómo desciendo yo de mi posicion? Ya no tengo renta. Lo tenia todo en papel: debo una porcion de dinero...

FERN. Compárese usted con el modesto empleado de cinco mil reales que mantiene mujer y seis hijos...

ANDUAGA. Pero yo no puedo hacer eso.

FERN. ¿Por qué?

ANDUAGA. Muriel, estoy perdido.

FERN. ¡Qué ha de estar usted perdido, hombre!

ANDUAGA. Las gentes saben mi ruina.

FERN. ¿Y á usted que le importa? ¿Le van á usted á salvar de ella?

ANDUAGA. ¿Pero qué hago? ¿Y mi hija? ¿y mi pobre hija?

FERN. A ella hay que mirar ante todo; asegurarle un porvenir tranquilo; enseñarla á ser pobre

una temporada, y verá usted cómo hacemos una gran mujer, de una niña frívola y derrochadora.

ANDUAGA. ¡Cuándo se iba á casar !

FERN. ¡Qué se habia de casar!

ANDUAGA. La pretendia Alfredo.

FERN. ¡Qué la ha de pretender Alfredo!

ANDUAGA. Pero hombre, usted no cree en nada.

FERN. Al contrario, yo creo en todo.

(Pausa.)

ANDUAGA. Muriel! ¿Usted me aprecia?

FERN. Como á mi padre.

ANDUAGA. ¿Usted cree que mi fortuna puede levantarse?

FERN. Pues ya lo creo.

ANDUAGA. ¿Usted cree que este no es un golpe mortal?

FERN. Ni mucho ménos.

ANDUAGA. ¿Quiere usted ser mi apoderado?

FERN. Lo deseo.

ANDUAGA. ¿Lo desea usted?

FERN. Me comprometo á poner esta casa en órden.

ANDUAGA. ¿Y mi pobre Aurora?

FERN. Respondo de su felicidad.

ANDUAGA. Usted?

FERN. Yo.

ANDUAGA. Pero...

ESCENA XVIII.

Dichos; ANTONIA y AURORA.

AURORA. Tran... larán! lan!

ANDUAGA. Chist. *(A Fernando.)*

AURORA. ¡Hola papá! ¡hola Muriel!

ANDUAGA. (¡Me lo va á conocer en la cara!)

FERN. Señorita...

ANDUAGA. ¿Vas á salir?

AURORA. Sí; pero oye...

ANDUAGA. (No puedo estar aquí.) Luégo hablaremos, Aurorita. Tengo ahora mucha prisa.

AURORA. Pero oye; voy de compras y quiero que sepas...

ANDUAGA. ¿Vas de compras? Bueno; cómprate todo lo que te guste. Mira; el señor Muriel, nuestro amigo, queda desde hoy encargado de nuestros asuntos. Es desde hoy mi apoderado y el administrador de mi casa...

AURORA. ¡Ay cuánto me alegro! Usted! Pues precisamente...

ANTONIA. Celebro mucho...

ANDUAGA. Adios, hija mia, adios, hasta luégo.

AURORA. Pero no quieres que te cuente...

ANDUAGA. No puedo. (Oh! nó, no puedo. No quiero que sepa una palabra. Debo estar trastornado.) *(Marchándose.)* *(Váse.)*

ESCENA XIX.

FERNANDO, AURORA y ANTONIA.

FERN. (¡Qué interesante criatura!)

AURORA. ¿Pero qué tiene mi padre? Yo que le iba á dar la enhorabuena porque me ha dicho la doncella que corre la voz de que le han hecho Marqués... ¿qué sucede?

FERN. Sucede, señorita, que le estaba yo regañando.

AURORA. Usted? já! já! Qué bueno está eso.

FERN. Sí, porque me ha hecho su administrador y he encontrado la casa en el mayor desórden.

ANTONIA. Nó; pues yo no gasto más que en chucherías para esta. Lo que es á mí no se me pega nada al bolsillo.

FERN. Ya lo sabemos, Antonia; ya lo sabemos.

AURORA. (¡Diga usted que nó; que tiene gato!)

FERN. Pero no se trata de eso. La casa está en desórden. Rodriguez ha robado á papá.

AURORA. Sí; todos los administradores se hacen ricos.

FERN. Gracias.

AURORA. Ay! perdone usted.

FERN. No hay de qué.

ANTONIA. (Uy ¡qué niña!)

FERN. Y yo no puedo consentir que la casa siga en tal desórden. Yo quiero al Marqués...

AURORA. Eh? ¿Al Marqués? ¡Qué gusto!

FERN. Y quiero mucho á la señorita Aurora, y procuraré evitarles muchísimos disgustos. Una buena hija está en el deber de velar por los intereses de su padre, cuando es viudo: y ahora precisamente que ha habido grandes pérdidas...

ANTONIA. ¿Grandes pérdidas, eh? (Digo, si yo no hubiera ahorrado un poquito.) Pues hijo, lo que es á mí no me remuerde la conciencia...

FERN. Bueno! Con tal de que emprendamos nueva vida, todo va bueno. Usted, Aurora, tan angelical, tan buena...

AURORA. Bueno, bueno; todas esas cosas allá se las arreglen ustedes. ¿Sabe usted que damos un baile?

FERN. ¿Un baile?

AURORA. Sí; pasado mañana.

FERN. Dónde?

AURORA. Aquí! ¡en el jardin! Con muchas luces: alum-

brado á *giorno*. Vendrá todo Biarritz: ahora he hecho una lista... ¿Usted baila?

FERN. Yo lo creo. *(Irónicamente.)*

AURORA. ¡Me alegro!

FERN. ¿Con que un baile?

AURORA. Sí señor, un baile.

FERN. ¿Papá lo sabe?

AURORA. Nó; pero no dirá que nó. Al contrario; como es una sorpresa que yo le preparo...

FERN. ¿Sí, eh?

AURORA. Y como son mis dias..,

FERN. ¿Y cuánto cuesta eso?

AURORA. ¡Qué se yo! ¡Usted lo verá! á usted le traerán las cuentas... Usted las pagará.

FERN. O no las pagaré.

AURORA. ¿Cómo que nó?

FERN. Como que no se puede.

AURORA. ¡Pues usted hará lo que le mande papá!

FERN. Creo que nó.

AURORA. Entónces quedará usted cesante.

FERN. Ca!

AURORA. Muriel!

FERN. Señorita!

AURORA. ¿Seria usted capaz de prohibirme bailar?

FERN. No; porque usted puede bailar cuando quiera; pero un baile en el jardin, convidando á Biarritz elegante, es un gasto que ya no se puede hacer en esta casa.

AURORA. Es la primera vez que oigo semejantes tacañerías.

FERN. Si yo soy muy tacaño.

AURORA. Pues á usted no le importa nada lo que yo haga. ¿Lo entiende usted caballero? Y yo mando en mi casa y me da la gana de dar un baile.

FERN. Pues no hay baile.

AURORA. Me está usted faltando.

FERN. Le digo á usted con el mayor respeto, que no habrá baile.

AURORA. Y yo le digo á usted que lo habrá, y que está usted muy mal educado.

FERN. Señorita!

AURORA. Papá! *(Llorando).*

FERN. No llame usted, porque no cedo.

AURORA. ¡Vaya usted á paseo!

FERN. Bueno! *(Se marcha).*

ESCENA XX.

Dichas; ALFREDO con flores.

ALFREDO. Aquí están los heliotropos. Ahí está un arquitecto francés y unos jardineros.

AURORA. ¡Pobre de mí! *(Pateando).*

ALFREDO. ¿Qué es eso? ¿Llora por eso de su padre, eh? ¿Con que está arruinado? ¿Qué sabe usted?

ANTONIA. Yo no sé nada.

AURORA. Papaaa!...

ESCENA XXI.

Dichos; ANDUAGA, el arquitecto, los jardineros, los criados.

ANDUAGA. ¡Hija mia!

ANDRÉS. Señorita!

ANDUAGA. ¿Qué haces que no la atiendes? *(A Antonia. Esta se acerca á Aurora á quien rodean todos).* Aurora! ¡hija mia! ¡Por qué lloras! ¡Mi hija llorando! ¿Quién ha hecho llorar á mi hija?

AURORA. ¡Él, el administrador! ¡Muriel, que dice que no me deja dar un baile el dia de mi santo!

ALFREDO. ¡Qué atrocidad!

AURORA. ¡Yo queria celebrar mis dias con un baile, y me la ha echado de jefe, y me ha insultado! Y dice que no se puede dar el baile porque no hay dinero. *(Llora ruidosamente.)*

ALFREDO. Cómo?

ANTONIA. Qué?

ANDUAGA. (¡Cállate, hija mia, por Dios!) ¿Dice eso? (¡Qué vergüenza, delante de todo el mundo!) ¿Cómo que no hay dinero? Ese hombre está loco; ¿ó es que quiere desacreditarme? ¿Y te ha hecho llorar por eso? A ver, avisad á Monsieur Giraud que prepare el jardin; que vengan los músicos, invitar á todo el mundo. Se dará el baile; ¡lo que me sobra á mí es dinero! Si hay quien quiere desacreditarme yo me rio de eso. ¡Lo que á mí me sobran son millones para gastármelos en bailes!

AURORA. ¡Bravo, papá! ¡Bravo, papá! *(Saltando.)*

ALFREDO. Oh! Marqués!

ANTONIA. ¡Enhorabuena, señor Marqués!

TODOS. Viva!

ANDUAGA. Gracias! (Voy á buscar á Muriel. ¡Qué imprudencia! ¡Contar mi ruina!) *(Poniéndose el sombrero.)* ¡Tirar de largo! Aquí hay dinero.

ESCENA XXII.

Dichos y FERNANDO.

FERN. Dónde?

ANDUAGA. Fernando! ¡Me estoy muriendo!

FERN. Amigo mio. Ya veo que el mal no tiene remedio. Ese baile es una locura, y en estos momentos un alarde ridículo.

ANDUAGA. Pero ¡y mi hija! *(Aurora los mira con angustioso recelo.)*

FERN. Qué!

ANDUAGA. Que se va á morir de pena. ¡La quiero tanto! No puedo quitarla un gusto.

FERN. ¿Y á eso llama usted cariño? ¿Es cariño formar á una criatura una voluntad hidrópica, que nunca se sacia de inventar y realizar caprichosas quimeras? ¿Es cariño el conducirla de este modo al hastío, en fuerza de no tener nada que desear? ¿Es cariño el crearle mil y mil necesidades, que si llega un dia en que no se pueden satisfacer, será para ella la más terrible de las desgracias? Y al contemplarla en tal situacion, sin consuelo de ninguna especie, porque su Dios y sus creencias son las vanidades de la tierra; cuando tenga que optar entre la desesperacion ó la deshonra, dirá usted: ¡cuánto he querido á mi hija! ¡qué feliz hice á mi Aurora!

ANDUAGA. ¡Por Dios, Muriel! Yo no tengo valor...

FERN. Pues lo tendré yo, que les quiero más que se quieren ustedes mismos. *(Anduaga se va retirando.)* Aurorita! ¡Ese baile es imposible!

AURORA. ¿Pero qué dice este hombre? ¿No oyes, papá? ¿Te marchas? ¡Tambien tú quieres matarme! Ay! ay! *(Arrimándose á una butaca, cae en ella presa de un accidente simulado.)*

ANDUAGA. Hija! ¡hija mia! ¿Lo vé usted? A ver, pronto; un médico.

FERN. (¡Dios mio! ¡qué he hecho!) Aurora! *(Con inquietud.)*

ANDUAGA. Anda tú corriendo; trae agua; sales... *(A Antonia.)* Ande usted. *(A Alfredo.)*

ANTONIA. Voy!

AURORA. Ay! ay! *(Sin poder respirar y en aumento las contracciones nerviosas.)*

ANDUAGA. ¡Hija mia! Aurorita! Sí; habrá baile brillantísimo. (Dígale usted que habrá baile.)

FERN. Sí; lo habrá, como usted quiera. (Pobrecilla.)

AURORA. Ay! ay! ay!

ANDUAGA. ¡Ay Dios mio! ¿Qué será esto?

FERN. Y el médico no viene. Voy yo mismo... *(Marchándose.)*

ANDUAGA. Vaya usted. ¿Dónde habrá un abanico...? Antonia! *(Buscando: Aurora levanta la cabeza y mira con mucho cuidado y maliciosamente para ver si está sola.)*

AURORA. ¡Vaya si habrá baile! Yo lo creo que habrá baile. Uf! *(Oyendo que llegan por todos lados su padre, Fernando, Alfredo, Antonia y los criados. Vuelve á caer en el mismo estado.)*

FERN. Ya viene el médico.

ANTONIA. Agua. *(Con un vaso de agua.)*

ALFREDO. Sales... *(Con un pomito de sales.)*

ANDUAGA. *(A los criados, haciéndole aire con un abanico.)* Acercarla á este balcon.

(Los criados levantan la butaca y conducen á Aurora, á quien rodean todos.) (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin en casa de Anduaga, de noche iluminado á *giorno*. Fuentes, estatuas, paseos; á la izquierda un cenador. La casa en el fondo, iluminando la luna la puerta de entrada y la gran escalinata que conduce al jardin. Al levantarse el telon varias parejas estan bailando. Multitud de señoras y caballeros recorren el jardin en varias direcciones. Sillas rústicas y canapés, en los cuales hay formados grupos de señoras. Los criados sirven helados en profusion.

ESCENA PRIMERA.

AURORA, ANTONIA, ELENA, IRENE, FERNANDO, LINARES, ALFREDO, EDUARDO, Mr. GIRAUD, señoras y caballeros. *(Anduaga con el caballero* 1.° *del brazo cruza hácia el proscenio.)*

CAB.° 1.° Es bonito: muy bonito. Yo no creí que era tan grande.

ANDUAGA. Parece más pequeño mirado desde la verja; pero da mucho de sí. No hay otro jardin mayor en Biarritz.

FERN. *(Paseando del brazo con Linares.)* Aquí lo tiene usted. Sistema moderno; alta escuela. Entre los gentiles se acostumbraba á adornar la víctima destinada al sacrificio, que bien podia ser un buey. Entre los cristianos de hoy, cuando una casa se hunde, los dueños, esto es, las víctimas, se engalanan reemplazando al buey del paganismo. Mire usted si progresamos.

CAB.° 1.° ¿Quién ha preparado el jardin? *(A Anduaga.)*

ANDUAGA. Mi arquitecto Monsieur Giraud. *(Monsieur Giraud avanza.)* Aquí le tiene usted. Es un hombre de mérito á quien yo aprecio mucho.

CAB.° 1.° *(Dándole la mano á Giraud.) Mes complimentes, Monsieur Giraud.*

GIRAUD. ¡*Mille fois merci Monsieur*!

ANDUAGA. Parece imposible lo pronto que lo ha hecho todo. Verdad es que no se ha perdonado gasto alguno.

SEÑORA 1.ª (¡Qué empeño tiene en hacernos saber que gasta mucho!)

SEÑORA 2.ª (Desde que sabemos que está arruinado.)

SEÑORA 3.ª Y la verdad es que el baile no tiene nada de particular.

CAB.° 2.° Compare usted este con el que dió la duquesa en su *villa* hace un mes.

CAB.° 3.° ¡Ya lo creo! ¡Allí sí que se veian personas ricas!

SEÑORA 3.ª ¡Y la sociedad mucho más escogida! ¡Aquí no hay hombres! ¡Yo no he bailado aún! ¡Difícilmente se puede una aburrir más!

ANDUAGA. Oh! ¡Los franceses! No hay otros. Un arquitecto español hubiera hecho todo esto tarde y mal.

FERN. *(Avanzando.)* Un arquitecto español hubiera hecho todo esto muy bien y más pronto, y hubiera costado ménos.

CAB.° 1.° Por Dios, hombre, que lo está oyendo.

ANDUAGA. No, no hay cuidado; no entiende el español. Observe usted qué inmóvil está oyendo.

FERN. Y si lo entiende, me alegraré mucho.

CAB.° 1.° *(A Anduaga.)* ¿Quién es este señor?

ANDUAGA. Es mi apoderado; mi mejor amigo: el señor de Muriel.

FERN. Este señor arquitecto, por ser extranjero, se hace pagar doble.

ANDUAGA. Por Dios, Muriel.

FERN. Pues es claro, Marqués. Se gastan ustedes el dinero en proteger á los extranjeros y hablando mal de España, como si allí no hubiera quien hiciera las cosas. ¿Qué ha hecho este hombre? Cambiar de sitio las sillas; poner unos mecheros de gas; nada, en fin. Ya me ha presentado la cuenta.

ANDUAGA. Ya?

FERN. Sí; parece que no le inspiramos gran confianza. Diez mil francos.

ANDUAGA. No es caro, verdad? *(Al caballero.)*

FERN. Es escandaloso, y no pienso pagarle.

GIRAUD. *Comment, Monsieur. (Muy alarmado y dirigiéndose á Fernando.)*

FERN. Mire usted si entiende lo que le conviene.

ANDUAGA. Já! já! já!

(Fernando se marcha y Giraud le sigue.)

GIRAUD. *Mais Monsieur.*

FERN. Nada, nada; esas son gollerías.

ANDUAGA. Este Muriel es original.

ALFREDO. Es insoportable. *(Avanzando del brazo con Aurora, á la que conduce á un asiento.)*

AURORA. Hombre, tanto como insoportable nó. Nadie tiene más motivo que yo para estar resentida con él, despues del disgusto que me dió anteayer; pero comprendo que es un hombre que tiene mal genio y nada más.

ELENA. ¿Mal genio? Pues si tiene fama de afable y de comedido.

AURORA. Entónces es que yo no le soy simpática.

ALFREDO. Ó que le gusta mandar.

ANDUAGA Ó que...

FERN. *(Volviendo.)* Ó que mi afecto hácia usted es sincero.

AURORA. Vamos, ahora que ya se pasó; ¿por qué no queria usted que se diera el baile?

(Se van acercando varias personas.)

FERN. He cedido porque yo no puedo echar abajo una órden del Marqués. He cedido por eso y porque de lo contrario hubiera tenido que dejar mi cargo en la casa, y tengo la pretension de creer que soy necesario; pero si se repiten excesos por el estilo, yo volveré á mis puentes y mis canales, y ustedes se quedarán haciendo méritos para entrar en San Bernardino.

ANDUAGA. ¡Qué cosas dice!

FERN. ¡Señor, si es la verdad! ¿A qué conduce este baile, precisamente cuando ha desaparecido la renta?

ANDUAGA. No grite usted, hombre.

FERN. ¿Pero por qué no he de gritar? ¿Por qué ha de caer usted en las debilidades de todos los hombres que se figuran que la pobreza es el descrédito? ¿Por qué razon los españoles no han de declarar nunca el estado de su bolsillo? Es notable esto de que hemos de ser mudables en política con la mayor desfachatez del mundo; libertinos en la vida privada, tomando á gracia nuestros desórdenes; descreidos en materias religiosas, como si eso nos diera mayor mérito; buscones del dinero ajeno en los negocios, porque así pasamos por listos; ¡y sin embargo, el declarar que no tenemos una onza de sobra, nos aterra y nos

ruboriza! ¿Pues no es más deshonroso vivir de prestado? *(Anduaga le hace gestos para que calle.)* Dejeme usted gritar y decir la verdad, que esto le va á librar á usted de parásitos y de aduladores; de gastos inútiles y de necesidades perjudiciales. No se ha debido dar este baile porque no tenemos un cuarto.

ANDUAGA. ¡Jesús, que hombre! Jesús! ¡A mí me va á dar algo! *(Marchándose.)*

AURORA. Pero papá, Fernando está loco.

SEÑORA 1.ª ¿No se lo dije á usted? Aquí pasa algo. Yo me marcho.

SEÑORA 2.ª Y yo, en cuanto tome un par de sorbetes.

CAB.° 2.° Yo me esperaré hasta la hora del *buffet*, por ver si está bien servido.

SEÑORA 1.ª Ya!

CAB.° 1.° Y despues de todo, si no tiene un cuarto, peor para él. Yo no le he de prestar.

CAB.° 2.° Lo supongo.

IRENE. Que nos dé fiestas y bailes, y lo demás son cuentos.

CAB.° 3.° Tiene usted mucha razon.

SEÑORA 3.ª Ahí viene el arquitecto.

CAB.° 1.° Me parece que no va á ver un céntimo.

CAB.° 3.° Así ya se pueden dar bailes. *(Música dentro; las señoras y caballeros se dirigen al sitio donde se supone el baile.)*

AURORA. *Monsieur Giraud.* Doy á usted las gracias.

GIRAUD. *Je ne comprende pas: en Francaise si vous plait.*

AURORA. *Enchanté: je vous remercie de l'elegance et du bon gout de la decoration.*

ALFREDO. *Et moi aussi je vurré merci.*

FERN. Já! já!

ALFREDO. Qué! ¿Está mal dicho? Ye!

FERN. Yo.

ALFREDO. Burré.

FERN. Tú.

TODOS. Já! já! já!

ALFREDO. ¡Esto ya es insoportable!

LINARES. Hombre, no sea usted cruel. *(A Fernando.)*

FERN. No he de parar hasta que le eche de aquí. Usted no sabe quién es este mozo. El año pasado en los baños de Alhama tuve que batirme con él, de cuyas resultas estuvo en cama quince dias. Figúrese usted para mi carácter, y para decidirme á dar tal importancia á ese trasto, cómo seria la cosa.

LINARES. Yo lo creo.

FERN. Pues se empeñó en hacer el oso á la mujer de un amigo mio, y viendo que nada podia conseguir, soltó la especie de que yo tenia relaciones con ella; en fin, una infame calumnia que turbó la paz de aquel matrimonio, y nos proporcionó serios disgustos.

LINARES. ¡Buena persona! Ya no me extraña tanto lo que he oido por ahí á esa pollería que le acompaña. Pero hombre, este Anduaga que no se fija en nada. No se vé más que á Aurora en la playa, por esas calles, rodeada de una traílla de pollos, y detrás á esa prima ridícula encargada de su educacion y custodia, siendo el hazme reir de otros majaderos. Y esto da lugar á ciertas hablillas.

FERN. ¿Qué ha sido?

LINARES. Sobre el títere ese.

FERN. Alfredo?

LINARES. El mismo. Diciendo á sus amigos que Au-

rora no le quiere dejar escapar; que Anduaga estaba en el secreto; que ¡él no la queria; que no se casaria. (A ver si salta.) Pero que procuraria sacar el partido que pudiera.

FERN. ¿Con que el partido que pudiera?

LINARES. Las criaturas necesitan distraer sus ocios.

FERN. Ya le daré yo en qué entretenerse.

LINARES. (Este hombre es un enigma. ¿Si la querrá?) Fernando, hablemos francamente. ¿Usted quiere á Aurora?

FERN. ¿Por qué me pregunta usted eso?

LINARES. Porque me interesa mucho saberlo. Apelo á su lealtad: creo que á su vez fiará usted en mi discrecion. Dígame usted la verdad.

FERN. Pues la verdad es que la adoro; pero ni á mí mismo me lo quiero confesar. La verdad es que cuando yo no conocia la situacion de Anduaga y no veia en Aurora más que una chiquilla aturdida y casquivana, el padre y la hija me eran muy simpáticos: les profesaba profunda estimacion, y nada más; pero á medida que he ido viendo que la dicha y la fortuna huian de esta casa; cuando he visto que Anduaga es un desgraciado que ha hecho desgraciada á su hija, aquella simpatía ha aumentado hasta el extremo de querer darles la felicidad áun á costa de la mia.

LINARES. ¡Bien, Fernando! *(Estrechándole la mano.)* ¿Pero usted nada ha dicho á Aurora?

FERN. Ni le diré.

LINARES. ¿Por qué?

FERN. Porque necesito saber ántes si la enfermedad

puede curarse; temo que haya llegado al corazon.

LINARES. Ah no; el suyo es buenísimo.

FERN. Dios lo quiera.

LINARES. Aquí viene.

ESCENA III.

Dichos; AURORA, ELENA, IRENE, ALFREDO y EDUARDO.

AURORA. ¿Con que ya os habeis cansado de bailar? Vamos á sentarnos aquí. ¿No baila usted, padrino?

LINARES. Sí; en eso estaba pensando.

AURORA. ¿Y usted, señor Muriel? ¡Ay usted dispense! Un señor tan grave como usted, no se permite tales cosas.

FERN. Efectivamente, Aurora: nunca me he permitido ponerme en ridículo: y un hombre haciendo piruetas me produce un efecto que no quisiera yo producir en otros.

ELENA. Pues lucidas estábamos si todos pensaran como usted.

ALFREDO. *(Al oido de Irene.)* Es un Don Quijote.

FERN. ¿Qué dices, hombre? ¡Habla alto!

IRENE. Dice que es usted Don Quijote.

ALFREDO. Si es muda revienta.

FERN. Pues aquí en secreto, y sin que nadie se entere, le diré á usted que él es Rocinante.

TODOS. Já! já! já!

ALFREDO. Tú te has propuesto faltarme á cada paso.

FERN. Eso es lo que tú no puedes hacer.

ALFREDO, ¿Por qué?

FERN. Por que sobras en todas partes.

ALFREDO. Esto ya no se puede sufrir.

LINARES. Pero hombre... *(A Fernando.)* Vamos, vamos.
ALFREDO. No... si este se ha empeñado...
FERN. ¿En qué? Ya sabes que tengo la mano pesada.
ALFREDO. Mejor para tí.
FERN. Y para tí peor.
AURORA. ¿Pero qué es esto?
EDUARDO. Vamos, chico, modérate. *(A Alfredo.)*
FERN. Nada: es una broma. *(A Aurora.)*
ELENA. Venga usted aquí con nosotras.
AURORA. Sí, venga usted.
ALFREDO. Es que no vaya á creer...
EDUARDO. Hombre, nó; que ya te conocemos. *(Forman grupo aparte.)*
LINARES. Pero usted no puede ver á ese pollo.
FERN. Es que es un trasto de muy mala índole, que tiene mucha lengua y poca vergüenza. Usted mismo me acaba de decir...
LINARES. Ea, vamos; déjele usted estar.
FERN. No sé como Anduaga admite á tales gentes, y permite que anden alrededor de su hija.
LINARES. Nada; lo echaremos.
FERN. Me parece que tiene usted razon. Habrá que echarlo.

ESCENA IV.

AURORA, ELENA, IRENE, EDUARDO y ALFREDO.

AURORA. Con que dia completo.
ELENA. Mira, van las de Amezúa.
IRENE. Y la de Miranda y su hermano.
AURORA. Ya, ya! Entónces no faltarás tú.
ELENA. La otra vez que fuimos, se sacaron muchos peces.

IRENE. ¡Da un gusto! ¡Si vieras!

AURORA. ¿Pero es al amanecer?

IRENE. Si: ya están las lanchas tomadas desde ayer tarde.

ALFREDO. ¿Se decide usted?

AURORA. Lo que es por mí... pero me parece que no me va á dejar papá.

IRENE. Yendo con Antonia...

AURORA. Por supuesto; pero es que no quiere que me embarque.

IRENE. Pues díselo.

AURORA. Vamos á ver por donde anda.

ESCENA V.

ALFREDO y EDUARDO.

ALFREDO. Yo creo que Muriel me ha faltado.

EDUARDO. Quita allá: no seas tonto.

ALFREDO. ¿Si estará enamorado de Aurora? Por supuesto que me tiene sin cuidado; pero quisiera saberlo para hacerle rabiar.

EDUARDO. Pues no te quepa duda.

ALFREDO. ¿Crees tú...?

EDUARDO. Pues está claro. Siempre procura ponerte en ridículo delante de ella.

ALFREDO. *C'est vrai C'est vrai.* Tienes razon. Pues lo voy á partir.

EDUARDO. Si le mandas padrinos, ya sabes que yo...

ALFREDO. Gracias.

EDUARDO. Nó, chico; con franqueza.

ALFREDO. Tengo una idea.

EDUARDO. Tú!

ALFREDO. Yo mismo. Saca la cartera, lapiz y un pedazo de papel.

EDUARDO. Aqui está todo. ¿Qué más?

ALFREDO. Oh! Ya verá el ingeniero. *(Escribiendo)* «Antoñita: al terminar el baile la espero á usted junto al cenador de jazmines y pasionarias. Cuide usted de que la verja quede abierta. Nuestra dicha depende de esta entrevista, ídolo mio.—A.»

EDUARDO. ¿Y quién es este ídolo?

ALFREDO. ¿No sabes? La prima de Anduaga.

EDUARDO. ¿Ese fenómeno?

ALFREDO. Pues por eso la llamo ídolo. Hay pueblos que idolatran á un cocodrilo.

EDUARDO. Entónces, bien está.

ALFREDO. Ahora este papel, muy dobladito, es menester que llegue á su destino. Se lo das tú á uno de los criados.

EDUARDO. Yo!

ALFREDO. A tí no te conocen; has sido presentado por mí esta noche.

EDUARDO. Bien, ¿y qué?

ALFREDO. La vieja no deja de acudir á la cita, porque conocerá mi letra, y la inicial *A* le revela mi nombre.

EDUARDO. Pues entónces, ¿por qué no le das la cita verbalmente?

ALFREDO. En primer lugar, porque espero á Aurora y no me puedo retirar de aquí: en segundo, porque es la primera vez que me dirijo á la venerable Antonia con tales propósitos, y á ella le gusta el billetito y el misterio.

EDUARDO. ¿Y qué?

ALFREDO. Que en lugar de venir yo á este sitio, vienes tú.

EDUARDO. Yo!

ALFREDO. Sí, tú; me separas á Antoñita de aquí con

cualquier pretesto... uno cualquiera... le dices que yo la espero... le haces el amor. Lo importante es que salga de la casa y que me la entretengas.

EDUARDO. Y todo eso ¿para qué?

ALFREDO. Ya lo sabrás. Chico, la mar: aquí la tengo. *(Señalando la cabeza.)*

EDUARDO. ¿La mar?

ALFREDO. No; si no sé nada.

EDUARDO. ¿Pero de qué se trata?

ALFREDO. De vengarme de ese Quijote de Muriel, logrando al mismo tiempo que no piense más en Aurora, si es que piensa. Me tiene ya aburrido y cargado, y me debe quince dias de cama.

EDUARDO. Pero ¿tú quieres á Aurora?

ALFREDO. Hombre, ántes tenia mis planes; pero desde que sé que el padre no tiene una peseta...

EDUARDO. Ya, ya. ¿Pero si tú no la quieres y la quiere Fernando...?

ALFREDO. Ojalá la quiera mucho.

EDUARDO. No te entiendo.

ALFREDO. Ni yo tampoco: allá veremos lo que sale: lo importante es que yo entre aquí despues de concluido el baile.

EDUARDO. Pues quédate escondido.

ALFREDO. No es prudente, que tienen la costumbre de registrarlo todo ántes de cerrar.

EDUARDO. ¿Pero que te propones?

ALFREDO. Ya lo sabrás. *(Eduardo va á marchar.)* Oye, oye: que no me faltes. Ahí viene Aurora. Déjame. *(Se dirige á ella.)*

EDUARDO. No, es que la cosa merece pensarse... ¿Habrá perros? ¿Habrá palos? Escamati! Alla verémos. ¡Ese está loco! *(Marchándose.)*

ESCENA VI.

AURORA y ALFREDO.

ALFREDO. ¿Qué hay?
AURORA. Que papá no me da permiso.
ALFREDO. (Desbarató mi plan.)
AURORA. ¿Ha visto usted que fastidio? Estoy furiosa. Y todo por culpa de ese hombre que se ha empeñado en contrariarme.
ALFREDO. ¿Fernandito, eh? ¿Estaba allí?
AURORA. ¿Quién ha de ser? Yo que siempre he hecho lo que me ha dado la gana. ¡Vamos, si no hay paciencia!
ALFREDO. Y se saldrá con la suya. ¿No vé usted que es el amo? De fuera vendrá... Ya verá usted.
AURORA. Pues veremos quién puede más.
ALFREDO. El: por de pronto se queda usted sin ir á la pesquería, donde irán todas sus amigas.
AURORA. Eso lo veremos.
ALFREDO. Pues?
AURORA. Si yo pudiera convencer á Antonia, pero basta que yo desee una cosa, para que haga ella lo contrario.
ALFREDO. Yo la convenceré. ¿Qué quiere usted?
AURORA. Como papá no se levanta hasta las diez, que es á la hora en que volvemos nosotras del baño, si Antonia quisiera, podriamos ir á esa expedicion sin que papá lo supiera.
ALFREDO. Pues está claro.
AURORA. Y luégo si lo sabe, como no me habrá sucedido nada, verdad? Lo tomará á broma como todas mis cosas.
ALFREDO. Pero si papá no se opondria si no fuera por

ese desfacedor de agravios y enderezador de entuertos.

AURORA. Pues luégo cuando Muriel sepa que he ido, va á rabiar. Aunque sólo sea por eso. Pero Antonia no va á querer.

(Alfredo medita.)

ALFREDO. (La cosa se ha puesto mejor de lo que yo pensaba.)

AURORA. ¿Qué piensa usted?

ALFREDO. Yo me encargo de Antonia.

AURORA. ¿Cree usted...?

ALFREDO. Cosa hecha: yo la convenzo.

AURORA. Bueno.

ALFREDO. Mire usted. En cuanto se concluya el baile y ustedes se retiren, yo haré que baje Antonia al jardin con cualquier pretexto.

AURORA. ¿Pero cómo?

ALFREDO. Con decirle que necesito hablarla á solas.

AURORA. ¿Una cita?

ALFREDO. Amorosa.

AURORA. Já! já! De seguro no falta. ¿Pero usted...?

ALFREDO. Bien puede usted agradecerme el sacrificio. Si no fuera por mí que se lo aconsejé, ni se hubiera dado este baile, ni iria usted mañana á dar su paseo en las barcas pescadoras. Y ahora ¿vá usted creyendo que la quiero, cuando por complacerla me atrevo hasta hacer el amor á la anciana Antonia?

AURORA. Prueba es. Ya sé yo que usted me quiere bien. Pero vamos á la cuestion. Antonia baja al jardin cuando ya estén todos acostados.

ALFREDO. Usted está en acecho y con mucho cuidado en su cuarto, y cuando usted crea que An-

tonia ha salido del suyo, ya sabe usted que es para venir á este mismo sitio, donde yo la estaré esperando. Entónces...

AURORA. Ya! ya!

ALFREDO. Dejando usted trascurrir algunos momentos, baja al jardin con mucho sigilo.

AURORA. Ya! ya!

ALFREDO. Se encamina usted aquí muy quedito, y nos sorprende.

AURORA. Y lanzo una carcajada.

ALFREDO. No por Dios; porque entónces se va á enfurecer y no conseguimos nada de ella.

AURORA. Pues yo no respondo de no reirme.

ALFREDO. Entónces lo mejor será que ántes de que usted venga, le diga yo francamente á Antonia de lo que se trata. Vienen luego Eduardo y su hermana y algunos otros muchachos, y cuando usted llegue, ya todo está arreglado.

AURORA. Sí; eso es mejor.

ALFREDO. De modo que le doy la cita para que baje, que es lo importante; luégo le digo que es un complot que hemos fraguado para comprometerla á que nos acompañe en nuestro paseo matinal y que usted va á bajar: la cogen los chicos y las chicas por su cuenta, y ella por no ser ménos polla, accede y salta de gusto... si puede.

ESCENA VII.

Dichos y ANTONIA.

ANTONIA. Pero hija, te ando buscando por todas partes

AURORA. Pues aquí estaba.

ANTONIA. Sí, ¡ya lo veo!

AURORA. Vamos, no te enfades tiita.

ANTONIA. *(A Alfredo)* (Tenemos que hablar.) Ya se va marchando la gente y tú sin despedirte de nadie. Anda.

ALFREDO. (Déjeme usted con ella. Si la oye usted bajar, ya sabe usted, aquí en seguida.)

AURORA. (Sedúzcala usted.)

ALFREDO. ¡Jesus, María y José! ¿Quién seria el seducido?

AURORA. (Vamos, no sea usted ingrato.)

ALFREDO. Ni usted burlona.

AURORA. Já! já! já!

ANTONIA. ¡Anda, loca, anda! *(Acompañándola.)*

ESCENA VIII.

ANTONIA y ALFREDO.

ALFREDO. (Ya está ahí esa marmota. La cosa marcha; el ingeniero me va á pagar de una vez los quince dias de cama del año pasado y todos los berrinches que me hace tomar. Al mismo tiempo doy el golpe del siglo, y ¿quién sabe? Despues, si quiere, que se case con ella.)

ANTONIA. Ya recibí aquello. *(Volviendo.)*

ALFREDO. Es preciso que hablemos sin testigos.

ANTONIA. Yo creo que es usted un caballero, Alfredo.

ALFREDO. Y cree usted bien.

ANTONIA. Pues fiada en su hidalguía...

ALFREDO. Por Dios, Antoñita: ¿por quién me toma usted á mí? Puede usted estar tranquila.

ANTONIA. Si usted viene con buen fin...

ALFREDO. Con el único que se puede proponer un caballero tratándose de una señora como usted. (Con el de librarse de las malas tentaciones.)

ANTONIA. Soy aún señorita.

ALFREDO. Por muchos años. (Aunque me esté mal el decirlo.) ¿Con que no faltarás?

ANTONIA. Ay! Ya sabes tú que no. Adios. *(Váse.)*

ALFREDO. Adios (vestiglo). Soy más valiente que el Cid.

ESCENA IX.

ALFREDO y EDUARDO.

EDUARDO. ¿Nos vamos? Mira que ya no queda nadie.

ALFREDO. Chico, no hay quien pueda conmigo; pero mañana... digo luégo, me tengo que marchar de Biarritz.

EDUARDO. ¿Por qué?

ALFREDO. Por que voy á dar el golpe del siglo; el escándalo *H*, y luégo salga el sol por donde quiera.

EDUARDO. Tú vas á hacer alguna barbaridad sólo por el gusto de vengarte de Muriel.

ALFREDO. Pero al mismo tiempo tendreis que aclamarme Rey de los seductores.

EDUARDO. Conversacion.

ALFREDO. Os emplazo para dentro de una hora, y así luégo podreis contar en todas partes, que nos habeis visto solos, al amanecer, por las calles de Biarritz á Aurora y á mí. ¡Figúrate la que se va á armar! ¡Figúrate si la dejarán hueso sano! ¡Figúrate la cara que pondrá el ingeniero.!

EDUARDO. ¡Figúrate que te van á romper algo!

ALFREDO. Ya cuento con ello, por eso me voy.

EDUARDO. Pero la chica ¿qué culpa tiene?

ALFREDO. ¡Es una coqueta! Bien lo merece. Y sobre todo,

que como decia, no sé quién, el fin justifica los medios, y caiga el que caiga. Ya sabes; luégo aquí. *(Se van.)*

ESCENA X.

FERNANDO y LINARES.

FERN. ¿Con que se decide usted á marcharse á su fonda?

LINARES. Si; me voy. Y á todo esto, ¿supongo que nada habrá usted podido decir á Anduaga acerca de la muerte de su tio?

FERN. Ya lo vé usted. Decididos á dar el baile por complacer á Aurora ¿cómo iba yo á aguar la la fiesta? Creeria ella que lo habia hecho intencionadamente, y á pique que le diera una convulsion como la de anteayer, que me alarmó.

LINARES. ¡Qué lástima de chica! Esa manera que tiene su padre de entender el cariño...

FERN. La puede hacer muy desgraciada. Ya ha visto usted ahora cuando se le negó el permiso para ir á la pesca proyectada. Ya no lloró; ya se arrugó su frente; ya arqueó las cejas, como quien medita la manera de saltar la valla que se opone á su capricho siempre satisfecho.

LINARES. ¿Cree usted...?

FERN. He estado observando esta noche, y no sé por qué se me figura que algo se trama.

LINARES. ¿Pero en qué sentido?

FERN. No sé... allá veremos. No me han de coger desprevenido.

ESCENA XI.

Dichos y ANDUAGA.

ANDUAGA. Ay! Estoy rendido con tanta despedida.
LINARES. Ea, á descansar.
ANDUAGA. ¿Pero dónde vas?
LINARES. ¿Pues dónde he de ir? A mi casa, á la fonda.
ANDUAGA. Buena gana de darte ahora ese paseo: quédate aquí.
LINARES. Pero hombre...
ANDUAGA. Sobre que no puedes salir. Ya se hizo la requisa como de costumbre por Antonia y el jardinero, y ya se llevó aquella á su cuarto la llave de la verja.
FERN. Entónces no hay más remedio.
LINARES Pues á dormir.
ANDUAGA. A dormir. Buenas noches, Muriel.
LINARES. Qué! ¿Usted no viene?
FERN. Mi habitacion está en el pabellon.
LINARES. Pues hasta mañana.
ANDUAGA. Ya es mañana.
FERN. Sí; hasta luégo. *(Vánse.)*

ESCENA XII.

FERNANDO.

FERN. Ella ligera; el padre débil; la tia estúpida, rodeada de esa turba multa de perdidos que tienen por oficio la difamacion y el escándalo. ¡Ay del que se atreva á la honra inmaculada de Aurora! Pero es preciso sacarla de esta atmósfera. ¡Alguien se acerca. Una mujer...

¿Quién será? Ah! ¡es la vieja! ¿Qué vendrá á hacer aquí? Observemos. *(Se oculta donde pueda ser visto por el público pero nó por los interlocutores.)*

ESCENA XIII.

FERNANDO; despues ANTONIA.

ANTONIA. *(Con mucho misterio.)* Ya queda abierta la verja. No puede tardar Alfredo.

FERN. (¿Qué dice? Infames!)

ANTONIA. Ay! ¡Cómo me late el corazon! ¡Quién creerá que nunca me he visto en un lance como este! ¡Qué emocion! ¡Este es el sitio de la cita!

FERN. (Espera á Alfredo...voy á enterarme). *(Saliendo.)*

ANTONIA. Ay!

FERN. Chist! ¡Soy yo!

ANTONIA. (¡Pues no es él!)

FERN. Soy yo; Fernando.

ANTONIA. ¿Con que es usted?

FERN. Creo que sí.

ANTONIA. Cómo se atreve usted caballero... Mi corazon no me pertenece.

FERN. (Veamos si de este modo averiguo...) Pues lo siento.

ANTONIA. ¿Qué pretende usted?

FERN. (¿Qué la diré?) Quiero que usted me escuche.

ANTONIA. ¡Ay, Fernando!

FERN. ¿Qué hay, Antonia?

ANTONIA. Usted me compromete.

FERN. Vamos...

ANTONIA. ¡Nó por Dios! ¡Me propone usted un rapto!

FERN. ¡Dios me libre!

ANTONIA. Como dice usted, vamos.

FERN. *(Viendo llegar á Eduardo por la derecha imponiendo silencio á Antonia.)* ¡ Chist !

ANTONIA. *(Muy bajo.)* ¿Qué pasa?

FERN. ¡ Que viene gente !

ANTONIA. Ay! (Será el otro.) Me va usted á perder.

FERN. *(Empujándola.)* Ocúltese usted por ahí.

ANTONIA. Dónde?

FERN. Lo más léjos posible; y silencio; mucho silencio.

ANTONIA. Me meteré en la estufa.

FERN. Muy bien.

ANTONIA. Dentro de ella y á esta distancia, no puede oirme aunque tosa. Seria muy peligroso que *él* supiera que nosotros nos hemos visto.

FERN. *(Empujándola.)* ¡ Puede usted callar !

ANTONIA. *(Marchándose.)* (Se van á matar por mí. No quiero verlo.)

FERN. *(Más alto.)* Cállese usted.

ESCENA XIV.

EDUARDO; despues FERNANDO, que se ha ocultado un momento, ALFREDO, AURORA y ANTONIA.

EDUARDO. *(Por la derecha con mucho misterio y recatándose. Ha oido la última frase de Fernando.)* Esa es voz de hombre... hay moros en la costa; me escamo. *(Se detiene.)* No me expongo yo á llevar una paliza por complacer á aquel majadero. *(Como si hubiera oido un ruido.)* Qué! Vuelvo! *(Se retira precipitadamente por donde salió.)*

FERN. *(Apareciendo.)* ¿Qué será esto? ¿Qué buscará ese hombre? *(Adoptando una resolucion.)* Yo lo sabré. Ah! ¡Ahí está él! *(Se dirige precipitadamente hácia*

el lado por donde apareció y desapareció Eduardo, pero al llegar á la mitad de la escena, se detiene viendo bajar á Aurora, adoptando muchas precauciones, la escalinata que conduce al jardin. La luna alumbra únicamente la puerta de la casa y la escalinata. Aparece Alfredo, segundo término derecha, dirigiéndose á Aurora.)

ALFREDO. Aurora!

AURORA. Aquí estoy.

ALFREDO. A la luz de la luna la ví á usted bajar y me he adelantado.

AURORA. ¡Ay, qué miedo tengo! ¿y Antonia?

ALFREDO. Ya va delante con los otros.

AURORA. Sí; ya la ví salir de su cuarto. Vamos.

FERN. *(Interponiéndose.)* Vamos, sí; pero ¡no con ese canalla!

ALFREDO. Esas palabras...!

AURORA. ¡Ay, Dios mio! Siempre este hombre.

ALFREDO. *(A Fernando.)* ¿Quién te mete á tí...?

FERN. (Silencio!) *(Cogiendo una mano á Alfredo.)* Señorita, hágame usted el favor de volverse á su cuarto.

AURORA. ¡Pues estamos frescos! Se ha propuesto usted contrariarme en todo. ¿Y con qué derecho?

FERN. Ruego á usted que se vuelva á su cuarto.

ALFREDO. Suéltame!

FERN. Despues.

AURORA. Esto no se puede aguantar, y no me voy. Usted no manda en mí. *(Pateando.)*

ALFREDO. ¡Me darás una esplicacion!

FERN. Nó: lo que te daré será otra cosa.

ALFREDO. Nos batiremos.

AURORA. Nó por Dios! ¡Jesús que hombre! Se ha propuesto desesperarme y hacerme llorar de rabia... y de... *(Llorando.)*

FERN. *(Interrumpiéndola)* Más vale llorar de rabia que no de vergüenza.

AURORA. ¿Qué dice usted?

FERN. Este... *caballero* que tanto la quiere á usted, le propone dar un paseo solos no sé por dónde, ni con qué objeto. *(Asombro creciente en Aurora.)* ¿Quiere usted esto?

AURORA. Pero... ¿qué dice usted? *(Dirigiéndose alternativamente á Alfredo y á Fernando.)*

ALFREDO. *(Balbuciente.)* Eso... es falso... yo...

FERN. *(A Aurora)* Antonia no la espera á usted, señorita; no va delante como dice... este caballero que no la hace á usted llorar. Antonia está ahí, dispuesta á venir al punto á que ese... caballero la citó, precisamente para que no pudiera ir con usted. *(A medida que va hablando Fernando, se pintan en el semblante de Aurora el asombro y la indignacion crecientes, hasta el punto de que al oir las últimas palabras se lanza gritando al sitio hácia donde se le indica que está Antonia.)*

AURORA. Antonia! Antonia! Antonia!

ALFREDO. *(Queriendo desasirse de Fernando)* (Me han vendido.)

FERN. *(Sujetándole)* Quieto!

ANTONIA. *(Saliendo.)* ¿Qué quieres, hija? No digas nada.

AURORA. *(Cogiéndola de una mano y mirándola fijamente la interroga con ansiedad.)* ¿No me esperabas á mí?

ANTONIA. Yo... *(Vacilante.)*

AURORA. ¿No ibas á la playa?

ANTONIA. Yo, nó.

AURORA. Ah! *(Grito de desesperacion queriéndose lanzar sobre Alfredo)* ¡Madre mia de mi alma...! *(Transicion.)*

ALFREDO. Aurora... *(Abrumado.)*

AURORA. Miserable! *(Con profundo desprecio.)*

FERN. *(Tratando de calmarla.)* Déjelo usted, que aquí quedo yo.

AURORA. Gracias Fernando... *(Marchándose.)*

FERN. *(A Antonia.)* Acompañe usted á su sobrina.

ANTONIA. *(A Alfredo.)* Alfredo! ¡No me crea usted infiel! *(Marchándose.)* *(Vánse Aurora y Antonia por el fondo.)*

ESCENA XV.

FERNANDO y ALFREDO.

FERN. Ya estamos solos.

ALFREDO. Dentro de una hora te mandaré mis padrinos.

FERN. ¿Y cual será lá causa del duelo? Al contarse por ahí que te he dispensado de nuevo la honra de romperte el bautismo, ¿no se mezclará en la historia el nombre de Aurora? ¿Es esto lo que pretendes?

ALFREDO. ¿Es que no quieres batirte?

FERN. Eso es.

ALFREDO. Pues ya se lo dirás á los padrinos. Hasta la vista.

FERN. Nó, hasta ahora. Aún no hemos concluido.

ALFREDO. Pues no tengo gana de conversacion.

FERN. ¿Qué dirás al que te vea salir de aquí á tales horas despues de cerradas las puertas?

ALFREDO. No sé.

FERN. Pues es menester que lo sepas.

ALFREDO. ¿Y á tí que te importa?

FERN. Vamos, no seas insolentillo.

ALFREDO. Fernando!

FERN. Dí, ¿qué vas á decir?

ALFREDO. Lo que me dé la gana...

FERN. *(Concluyendo la frase.)* A mí.

ALFREDO. Ya! *(Con insolencia.)*

FERN. Figúrate tú, que ahora me da á mí la gana de pegarte un tiro. *(Sacando un revolver.)*

ALFREDO. Qué! *(Con terror.)*

FERN. He visto que un hombre ha saltado las tapias del jardin...

ALFREDO. *(Rápido.)* Y yo entré por la puerta.

FERN. A nadie le consta. Creí que era un ladron... disparé. *(Apuntándole.)*

ALFREDO. *(Suplicante y con espanto.)* ¡Vas á asesinarme!

FERN. Já! já! já! ven acá, valiente: no tengas miedo. Voy á disparar al aire.

ALFREDO. ¿Pero qué te propones?

FERN. Piensa bien lo que vas á decir á la gente que acuda. ¿No te gusta el escándalo? Pues yo te lo voy á proporcionar mayor del que buscabas. *(Dispara al aire. Alfredo lanza un grito y se toca por todos partes el cuerpo creyéndose herido.)*

ESCENA XVI.

Dichos; AURORA, ANTONIA, ANDUAGA, LINARES, ANDRES, jardinero, criados y vecinos con luces.

ANDRÉS. *(Dentro.)* Por aquí ha sonado el tiro.

(Se ven cruzar luces por el jardin en distintas direcciones como de gente que va buscando.)

ALFREDO. ¿Qué vas á hacer?

FERN. ¡Tú lo verás! *(Llamando.)* Aquí! aquí! *(Acuden todos.)*

ANDUAGA. Fernando! Alfredo! ¿Qué es esto?

LINARES. ¿Qué ocurre?

ANTONIA. (¡Ya tengo un cadáver sobre mi alma! ¿Quién será el muerto?)

AURORA. ¡Ay papá! ¿Qué sucede?

(Todos forman un semicírculo; en el centro están Fernando y Alfredo.)

FERN. Nada; absolutamente nada; no hay que alarmarse. *(Hace una seña á los criados para que se marchen; estos se retiran.)* Cuando terminado el baile se marchó toda la gente, di una vuelta por el jardin, y al llegar al ángulo del invernadero, veo al lado opuesto la silueta de un hombre que encaramado sobre la barda de la tapia, se disponia á entrársenos en casa. Creí que era un ratero, y más que para herirle, con ánimo de darle un susto, disparé mi revolver. El aludido dió un grito y reconozco la voz de este pollo.

ANDUAGA. ¿Era Alfredo?

LINARES. Cómo! cómo!

ANDUAGA. ¿Y con qué objeto, caballerito?

LINARES. Sí, sepamos.

ANTONIA. (¡Ay, Dios mio! ¡me perdí!)

AURORA. (¿Qué dirá?)

FERN. ¡Habla, hombre! (¿Quieres que diga yo la verdad? Verás como te lo agradecen el papá y el padrino, y yo, y los criados, y hasta los perros.)

ANDUAGA. Hable usted pronto.

FERN. Quizá Antonia sepa...

ANTONIA. Ay! *(Volviéndose de espaldas.)*

LINARES. *(A Alfredo.)* ¡Pero hombre, usted es terrible!

ANDUAGA. ¿Con que era por Antonia?

FERN. *(A Alfredo.)* Mira que ojos te echa Antoñita. No seas ingrato.

ALFREDO. Yo... diré...

FERN. En fin, señores; no cabe duda; momentos ántes de la aparicion de este seductor, he visto rondar á Antonia por estos sitios. Creo que ella no negará que esperaba á Alfredo.

ANTONIA. (¡Ay, que vergüenza!)

FERN. Con que pelillos á la mar.

ANDUAGA. No, poco á poco, el señor ha asaltado esta casa, donde á mi amparo viven dos mujeres: mi hija y mi prima. Si el amor hácia esta última le hizo cometer tal desafuero, el señor no puede salir de mi casa sin ser su marido.

ANTONIA. *(Colocándose en medio de los dos.)* Eso digo yo.

ANDUAGA. ¡Y eso será! Quien tal hizo, que tal pague.

FERN. *(A Alfredo con mucha sorna).* Que sea muy enhorabuena.

TODOS. Que sea enhorabuena. Já! já! já! *(Todos los interlocutores dan la enhorabuena alternativamente á Alfredo y Antonia, y se retiran lanzando grandes carcajadas. Alfredo con la cabeza baja la levanta al creerse solo, pero al encontrarse frente á frente con Antonia echa á correr, esta le persigue.)* *(Telon rápido.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete elegante en casa de Anduaga, en Madrid.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO y ANDUAGA.

ANDUAGA. ¿Y no puede prorogarse esa licencia?

FERN. No puede ser, amigo mio; y áun siendo posible, me guardaria yo muy bien de solicitarlo.

ANDUAGA. Siempre lleva usted las cosas al último extremo.

FERN. Es mi carácter. Ya lo sabe usted. Además, aquí ya nada tengo que hacer. Le dejo á usted todas las cosas ordenadas; su renta corriente; poca cosa; pero ¡qué demonio! cuántos y cuántos se contentarian con la mitad.

ANDUAGA. Ahora á la buena vida.

FERN. A cuidar de Aurora.

ANDUAGA. Pobrecilla! Bien lo merece.

FERN. Ya lo creo.

ANDUAGA. ¿Pero ha visto usted que criatura? Tan alegre como siempre, pero ya con cierta formalidad y reflexion. Es otra desde aquella noche de Biarritz en que por poco mata usted á Alfredo. *(Fernando está reflexivo.)* Pero hombre, es una cosa que nunca me he podido explicar, cómo un muchacho joven y de buena posicion, puede cometer ciertas locuras por una mujer como mi prima Antonia. Mire usted que es menester tener valor.

FERN. Mucho valor ó mucho miedo.

ANDUAGA. La verdad es que él se defendió todo cuanto pudo de nosotros. Yo llegué á sospechar que Antoñita se iba con palma al otro mundo.

FERN. Ya; porque nosotros desistimos tambien en vista de la tenaz resistencia de aquel...

ANDUAGA. Majadero... vamos; dígalo usted.

FERN. Nó; algo más.

ANDUAGA. Usted siempre lo ha querido mal.

FERN. No tanto como se merecia.

ANDUAGA. Pues amigo, ya las pagó todas. Lo que no pudimos conseguir nosotros...

FERN. Lo consiguió el gato de Antonia, como dice Aurora.

ANDUAGA. Y más vale así... que haya sido á gusto de los dos... De otro modo, Dios sabe lo que hubiera pasado...

FERN. Lo que pasará en cuanto se acaben los cuartos. Que el marido se irá por esos mundos, y Antoñita volverá al lado de usted.

ANDUAGA. Diablo! Ya son las once. Voy á ver si han mandado al correo todas las esquelas para el funeral de pasado mañana, y los anuncios al *Diario* y la *Correspondencia*... ¡pobre tio! ¡Quién lo habia de decir!

FERN. Ya hace un mes que murió el bueno del Duque de Astudillo. ¿Y no van á traer sus restos de Stokolmo?

ANDUAGA. No sé lo que dispondrá mi hermano cuando llegue. Él es el heredero segun dice Linares, y me parece muy justo que él sea el que resuelva. Esto del funeral, ya sabe usted, que es cosa de Aurora. Le parecia feo, y mucho más no habiendo heredado nada, que llegara

el cumplimiento de mes de la muerte del Duque, y no se hiciera algo á su memoria.

FERN. Me parece muy justo.

ANDUAGA. Pues más justo era que lo hubieran dispuesto mi cuñada y sobrinos, ya que ellos son los que heredan.

FERN. Pero ya que ellos no lo hacian, debian hacerlo ustedes por lo mismo que nada heredaban. De este modo el funeral es un recuerdo santo. El que disponen los herederos, suele ser muchas veces un anticipo á cuenta de lo que se ha de recibir despues, calculado y regulado segun la cuantía del capital del difunto.

ESCENA II.

Dichos y AURORA.

AURORA. ¿Se puede?

ANDUAGA. Vaya si se puede.

AURORA. Creí que estaban ustedes tratando de negocios y no queria estorbar.

FERN. ¿Estorbar usted?

ANDUAGA. Pues es precisamente lo contrario, que estás haciendo mucha falta. Fernando nos abandona.

AURORA. No lo creas. *(Mirando á Fernando con cariño.)*

FERN. Es indispensable.

AURORA. Qué? *(Fernando vacila.)* Mira adónde fué á parar tanta decision.

ANDUAGA. Pues hija, si tú no le convences...

AURORA. Por convencido; verdad?

FERN. Mi deber, Aurora, me llama...

AURORA. Adónde?

FERN. Sólo puedo permanecer aquí dos dias. Me esperan las obras del canal en Aragon.

ANDUAGA. ¿Lo ves? ¿Lo ves?
AURORA. Ya lo veo.
ANDUAGA. ¿Sabes si se han mandado las esquelas y los anuncios?
AURORA. No sé.
ANDUAGA. Voy á verlo. (Ríñele.) *(Marchándose.)*

ESCENA III.

AURORA y FERNANDO.

AURORA. ¿Con que es cosa decidida? ¿Con que se marcha usted?
FERN. Aurora! (Este es el momento que yo temia.)
AURORA. Qué? ¿Qué me quiere usted decir con ese mirar tan compungido? ¡Vamos, hombre, explíquese usted!
FERN. Yo nada.
AURORA. Eso no es verdad.
FERN. ¿Qué sabe usted? ¿Lee usted por ventura en mis ojos?
AURORA. Quizá.
FERN. Pues entónces...
AURORA. ¿Entónces, qué?
FERN. Que no necesito hablar.
AURORA. Pero Fernando, por Dios, que hablando se entiende la gente; y si usted está callado, no es posible entendernos.
FERN. Pues hable usted.
AURORA. Qué? Já! já! pues tendria gracia.
FERN. No sé lo que me digo. Usted dispense.
AURORA. Dispensado; pero hable usted, hombre.
FERN. Antes de marcharme...
AURORA. ¡Vuelta; pero si usted no se va!
FERN. Sí, Aurora.

AURORA. Nó Fernando, nó, usted no se va.

FERN. ¿Pero por qué?

AURORA. Eso digo yo; ¿por qué?

FERN. Bueno; será lo que usted quiera; pero...

AURORA. ¿Lo vé usted hombre; lo vé usted?

FERN. Pero de todos modos, yo necesito reconciliarme con usted.

AURORA. Reconciliarse? No hace falta: adelante.

FERN. Yo la he contrariado á usted muchas veces.

AURORA. Y me ha hecho usted llorar otras tantas. Vamos á ver... ¿por qué me hacia usted llorar?

FERN. Porque la queria á usted bien.

AURORA. Porque la queria... ¿Y hoy me quiere usted mal?

FERN. No por cierto.

AURORA. (Vamos, poquito á poco, él se irá explicando.) ¡Sea todo por Dios! De modo que hoy en este momento ¿me está usted queriendo?

FERN. Yo no digo...

AURORA. ¿En qué quedamos? *(Haciéndole burla).* Ah! Pero hombre, ¿por qué mira usted tan bien, y se explica tan mal? (Digo, me parece que más claro...)

FERN. Porque cuando se siente bien, se habla mal.

AURORA. ¿Y qué es lo que usted siente? Hágame usted el favor de explicármelo.

FERN. No se puede.

AURORA. Diga usted algo que se le parezca.

FERN. Pues bien, Aurora; siento que el pasado se ha borrado de mi memoria: que del presente no sé más que se ha concentrado en solo un punto, y en él cifro tambien mi porvenir; que mi pensamiento no piensa más que una cosa; por la misma late mi corazon; ella forma

tambien toda mi alma; ella es mi fe; ella es mi esperanza; por ella quisiera mil veces morir, y ya no puedo vivir sin ella.

AURORA. ¿Y quién es ella?

FERN. Ella? No sé si me atreva...

AURORA. Atrévase usted.

FERN. Es que un desaire me mataria.

AURORA. Pues de ese mal no muere usted. Vamos! (Me parece que ya no se puede hacer más humanamente.)

FERN. Nó, no puede ser.

AURORA. (Señor! ¿Si querrá este hombre que sea yo la que me declare?) ¿Pero qué es lo que no puede ser?

FERN. Eso.

AURORA. ¿Pero qué es eso? (¡Ay que pesadez!)

FERN. Que no tengo la seguridad de su cariño.

AURORA. ¿Y si usted la tuviera...?

FERN. Entónces...

AURORA. ¿Entónces acabaria usted de explicarse? Pues figúrese usted que le quiere á usted (Ea!) ¿Qué dice usted?

FERN. Digo que si eso fuera verdad; me moriria...

AURORA. Ta! ta! ta! es lo mejor que podia usted hacer.

FERN. No tiene usted corazon.

AURORA. Ni usted lengua.

FERN. Ni usted juicio.

AURORA. Ni me hace falta.

FERN. ¡Por Dios, Aurora!

AURORA. ¡Por Dios, Fernando!

ESCENA IV.

Dichos y LINARES.

LINARES. ¿Pero qué es esto?

AURORA. Esto es que el señor se ha empeñado en marcharse y en callar.

LINARES. ¿Cómo en marcharse? ¿Cómo en callar?

AURORA. Sí señor, y me ha dicho que no tengo corazon.

FERN. Y usted á mi que no tengo lengua.

LINARES. Esas son tonterías. Ni tú podrias vivir sin corazon, ni el señor hubiera hablado lo que yo le he oido, sin lengua. Vengan ustedes acá, y ante todo denme palabra formal de decir la verdad clara y neta en lo que supieren y fueren preguntados ¿Qué me dijo usted la noche del baile en Biarritz, cuando le pregunté si queria á Aurora?

FERN. Que la adoraba; pero... pero...

AURORA. Gracias á Dios; ya no pregunte usted más.

FERN. Pero que me callaria hasta que estuviera seguro de que su corazon estaba sano.

AURORA. Pues llamar al médico.

LINARES. ¿Y qué me dijo usted al dia siguiente del baile, despues de la famosa aventura de Alfredo y Antoñita?

FERN. Que Aurora era un ángel.

AURORA. Vamos, ya eso es decir algo.

LINARES. ¿Y qué pasó aquella noche, para que formara usted ese juicio?

AURORA. Aquella noche pasó que yo comprendí que

me querian mejor los que me hacian llorar que los que me hacian reir.

FERN. Y yo conocí el corazon más esforzado que late en pecho de mujer.

LINARES. Pues entónces... ménos conversacion y á casarse. Así; las cosas claras.

(Fernando calla. Pausa.)

AURORA. (¿Qué es esto? Vacila!)

LINARES. Hombre, me gusta... hable usted.

AURORA. No se canse usted, padrino... Como ya no soy rica... quizá...

LINARES. Ah! (Veamos! ¡Si me habré equivocado!)

FERN. Perdono á usted esa ofensa: mal digo, no necesito perdonarla, porque usted, Aurora, ¡no puede ofenderme! ¿Que no es usted rica, cuando mi silencio estriba en juzgarla á usted joya de tanto precio, que no merezco yo aspirar á ella? *(A Linares.)* Usted sabe cuál era la situacion de esta casa cuando yo llegué á Biarritz; usted sabe con cuánto afan, con qué cariñoso interes he procurado salvar la difícil situacion del padre de Aurora; pero lo que ustedes no saben, es la profunda estimacion, la inmensa gratitud que Anduaga me ha manifestado por mis desinteresados servicios. Si hoy le pido á su hija, ¿no podrá creerse que me guiaron interesados móviles? ¿Podrán continuar llamándose desinteresados mis servicios? Ya sabe usted por qué callo.

LINARES. Mal hecho, Muriel, mal hecho. El hombre digno; el corazon leal y generoso que lleva la tranquilidad moral y material al padre, ¿puede llamarse interesado si completa su obra, dándole la felicidad á la hija? Vamos,

tú eres más franca que este; ¿serias tú feliz sin Fernando?

AURORA. *(Enjuga una lágrima.)* Creo que no.

FERN. Como yo no lo seria sin ella.

AURORA. Ya lo oye usted.

LINARES. ¡Pues ea! negocio concluido. En cuanto venga tu padre, le haremos la peticion en regla. *(Se oye fuera la voz de Anduaga.)*

AURORA. Ya le oigo... Ya está ahí.

FERN. Usted se encargará de eso, eh!

LINARES. Bueno, hombre, bueno.

FERN. Ya me dirá usted... *(Marchándose.)*

AURORA. Yo tambien me voy.

LINARES. Nó; tú no te vas, buena pieza. Te necesito.

AURORA. Tengo vergüenza.

LINARES. Quita allá.

ESCENA V.

Dichos; ANDUAGA. (*Triste.*)

AURORA. ¿Qué tienes, papá? ¿Vienes de mal humor? (No le diga usted nada ahora, que viene de mal humor.)

LINARES. Deja. (¿Qué te sucede? Habla!)

ANDUAGA. Nó, no es nada. Una humillacion más á quien ya ha sufrido tantas, ¿qué le importa?

AURORA. ¿Pero qué es?

ANDUAGA. Nada; que mañana va á publicar la *Gaceta* la revocacion del decreto, en virtud del cual se me nombró Marqués de Anduaga, por no haber pagado los derechos á su debido tiempo.

LINARES. Bien, ¿y qué?

ANDUAGA. Que de esto tiene la culpa Fernando, que se

empeñó en que eso era malgastar el dinero; en que no podia ser... y no se pagó... y mañana...

AURORA. Papá! Papaito! ¿Estás incomodado con Fernando por eso? Cuando él lo hizo, ya ves, sus razones tendria. ¿Ya no le quieres?

LINARES. (Pobre Luis... este es el último destello de su antiguo carácter; el último esfuerzo de la vanidad.)

AURORA. ¿No quieres á Fernando?

ANDUAGA. ¿Y por qué nó? Pues no faltaba más. Le quiero como á un hijo; casi tanto como á tí.

AURORA. (¡Como á un hijo, padrino! Ahora, eh? Ande usted ahora.)

LINARES. (Allá voy, hija.)

AURORA. Ah! *(Sin poder casi respirar.)*

LINARES. Toma, lee.

AURORA. Qué?

ANDUAGA. ¿Qué es esto? «Interpretacion de lenguas.» «Testamento del Excmo. Sr. Don Diego de Anduaga y Fajardo, Duque de Astudillo, otorgado en Bruselas el dia...

AURORA. ¿Del tio?

ANDUAGA. ¿Qué significa...?

LINARES. Lee; ó si no, trae; yo te diré lo que te interesa. Se dirige á mí. «Y encargo á mi íntimo amigo Don Juan Linares de Azofra, que se incaute de todos mis bienes despues de mi muerte; y si viere que mi sobrino Luis y su hija Aurora, han modificado su manera de ser, pensar y sentir, y si viere que ésta se casa con un hombre digno, honrado, instruido y cumplido caballero, entónces hágales entrega de todos aquellos bienes; y entren

en el disfrute de ellos y en el del título de Duque de Astudillo, que como de libre eleccion, dispongo que lo use primero mi sobrino Luis; despues de su muerte, su hija Aurora, y los hijos de ésta á su fallecimiento.»

ANDUAGA. Déjame que te estreche entre mis brazos, por tí y por mi tio.

LINARES. ¿Comprendes por qué he callado hasta ahora? ¿por qué te oculté la verdad del testamento? La primera parte de los deseos del bueno de tu tio, está cumplida. Harás un buen Duque de Astudillo, y tú en su dia una Duquesita muy mona. Pero nos falta ese marido adornado de todos los requisitos que exige el testador, que tanto y tanto te queria, que no le acepta para tí ménos bueno. ¿Sabes tú, Aurorita, dónde está ese hombre honrado, digno y cumplido caballero?

AURORA. (¡ Vamos, calle usted, que mira papá!) *(Bajo á Linares.)*

ANDUAGA. ¿Y Fernando, dónde está? Llamadle. Anda, que venga; que él tambien gozará mucho en nuestra felicidad. *(A Aurora.)*

(Aurora le hace señas á Linares para que se lo diga entónces á su padre, y váse, puerta derecha.)

LINARES. No le digas nada de lo que ocurre. *(Bajo á Aurora).*

ESCENA VI.

ANDUAGA y LINARES.

LINARES. ¿Casarías á Aurora con Fernando?

ANDUAGA. Qué!

LINARES. ¿No te parece Muriel buen marido para tu hija?

ANDUAGA. ¿Pero él la quiere?

LINARES. Y ella á él.

ANDUAGA. Pues entónces...

LINARES. Ella quiere, él quiere, nosotros queremos... y negocio concluido.

ANDUAGA. Aquí están.

LINARES. Voy á hacerte la peticion en regla.

ESCENA VII.

Dichos; AURORA y FERNANDO.

LINARES. En nombre de Don Fernando Muriel, tengo la honra de pedir al Excmo. Sr. Duque de Astudillo la mano de su hija.

FERN. Qué? *(A Aurora).*

AURORA. Que papá es el heredero del tio.

FERN. ¿Es verdad? ¿Es Duque? *(A Linares.)*

LINARES. Duque, y Duque millonario. Aquí está el testamento.

FERN. (¡Ay de mí!) Señor Duque...

ANDUAGA. ¿Pero qué es esto? ¿Qué tiene usted?

FERN. El señor se equivoca. Yo no pretendo la mano de la hija del Duque de Astudillo; yo pretendia ser feliz con el amor de Aurora de Anduaga.

AURORA. ¿Qué dice?

FERN. La hija del Duque puede y debe aspirar á más alto empleo.

AURORA. La hija del Duque no cree que puede aspirar á más que á ser feliz, y sin tí no puede serlo.

FERN. Y yo sin tí tampoco. Adios!

AURORA. ¡Qué se vá!

LINARES. Pero hombre, eso es ya sacar las cosas de quicio.

ANDUAGA. ¡Pero Fernando, por Dios! Reflexione usted...

FERN. Aunque me cueste la vida, es mi resolucion irrevocable.

AURORA. Oye, papá. ¿Tú me quieres mucho, mucho, verdad? *(Llamando aparte á su padre.)*

ANDUAGA. Sí, hija.

AURORA. ¿Tú no querrás que tu Aurora se muera, verdad?

ANDUAGA. Nó mil veces.

AURORA. Pues yo me moriré muy pronto si no me caso con Fernando.

ANDUAGA. Pero ya ves. Si es él el que no quiere.

AURORA. Pero es porque tú eres rico y Duque, y se siente humillado...

ANDUAGA. ¿Qué sabes tú?

AURORA. Vaya! Yo sé todo lo que él piensa. ¿Por qué crees tú que no quiso que se pagasen los derechos para que fueras Marqués? Pues fué por lo mismo.

ANDUAGA. Bien, ¿y qué?

AURORA. Que él no me quiere más que á mí, sin títulos ni riquezas: que me quiere tal y como me quiso por vez primera.

ANDUAGA. ¿Pero qué pretendes?

AURORA. ¿De qué nos servirán las riquezas y los pomposos títulos, si hemos de estar llorando tú y yo contínuamente mi desgracia?

ANDUAGA. ¿Pero dí?

AURORA. ¿No puedes renunciar la herencia del tio?

ANDUAGA. ¿Estás en tu juicio? Eso no puede ser... Ya se le convencerá.

AURORA. ¿Y si no se le convence?

ANDUAGA. Si no se le convence...

AURORA. Qué? *(Con ansiedad.)*

ANDUAGA. ¡Pero eso no puede ser! Fernando! ¡Tenemos que hablar un momento. Os ruego que nos dejeis solos.

AURORA. Papá! *(Suplicante.)*

(Vánse Aurora y Linares, dirigiendo una mirada á Fernando.)

ESCENA VIII.

FERNANDO y ANDUAGA.

ANDUAGA. Fernando, ¿usted quiere á mi hija?

FERN. ¡Con toda mi alma!

ANDUAGA. ¿No estaba usted dispuesto á pedirme su mano?

FERN. Lo estaba.

ANDUAGA. ¿Y qué razon hay ahora para ese cambio de parecer?

FERN. Una razon muy poderosa.

ANDUAGA. ¿Y no puedo yo saberla?

FERN. Todo cuanto yo pienso y hago puede saberse.

ANDUAGA. Veamos.

FERN. Hace un mes supe que usted habia experimentado una terrible desgracia; la pérdida casi total de su fortuna, originada por el abuso de confianza de su administrador. Sabia tambien que tenia usted en mal estado sus negocios, y sabia que estaba en mi mano la salvacion de usted. En dias aciagos para mi casa, tendió usted á mi padre una mano protectora; mi deber era correr al lado de usted y pagarle aquella deuda de gratitud. No dudé un momento en cumplir con mi deber. Pedí un mes de licencia y volé al lado de usted.

ANDUAGA. Nunca podré á usted pagarle...

FERN. Cumplí con mi deber. ¿Dónde hay paga que á esta satisfaccion pueda compararse?

ANDUAGA. Es verdad.

FERN. Pues si es verdad, ¿con qué derecho puede nadie arrebatarme aquella dicha?

ANDUAGA. No comprendo.

FERN. Si yo me caso ahora con la hija del poderoso Duque de Astudillo, ¿no creerán las gentes que he puesto precio y no mezquino al cumplimiento de mi deber? Y todo lo grande que yo me veo á mis propios ojos, me veria de pequeño y miserable ante la idea de lo que de mí pudiera pensar el mundo; lo que juzgaria yo de mí mismo.

ANDUAGA. ¡Pero Muriel, por Dios! Esa es una exageracion hija de su carácter impresionable: á mis títulos y á mi rango, puede usted oponer los suyos; talento, caballerosidad, honradez intachable.

FERN. No tanto; ¿quién sabe?

ANDUAGA. ¿Pero qué dice usted? ¿Está usted loco?

FERN. Sí, debo estarlo; porque á no ser así, no me explico cómo he podido dar en mi pecho cabida á este amor inmenso que siento por Aurora.

ANDUAGA. Y si es tan grande y tan inmenso ese amor como el que siente por usted esa pobre criatura, ¿por qué condenarse usted á un eterno martirio y condenarla á ella á eterna desgracia?

FERN. Así lo quiere Dios.

ANDUAGA. No es Dios; es su vanidad de usted la que así lo quiere.

FERN. ¡Mi vanidad!

ANDUAGA. Y francamente, mal se aviene ese orgullo que revela la alta y justa idea que usted tiene de sí mismo, con la aparente humildad del que no se cree digno de ingresar en mi familia. Bien pudiera usted, si tanto ama á Aurora, hacer el sacrificio de su amor propio, cuando ella me ha estado rogando que hiciera el de su fortuna.

FERN. Ella!

ANDUAGA. Quiere que yo renuncie la herencia. Ya ve usted.

FERN. Eso no puede ser; es una locura. Cuando precisamente yo he venido trabajando por la dicha de usted ¿habia de ser la causa que les obligara á perderla? ¿No ve usted que obtenida á este precio la mano de Aurora, seria para mí un remordimiento eterno?

ANDUAGA. ¿De modo que por la herencia de mi tio usted no puede ser el marido de mi hija, y si renuncio á la herencia, por la misma razon tampoco? *(Pausa.)* ¿Qué dice usted? ¿Qué remedio tiene esto?

FERN. Ninguno!

ANDUAGA. ¿De modo que no hay medio?

FERN. ¡No puedo más! Ruego á usted que me despida de Aurora. Es necesario que yo me vaya de aquí... y no quiero... no puedo verla.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos; AURORA y LINARES.

AURORA. Lo he oido todo.

FERN. (¡Dios mio!)

LINARES. No tiene usted derecho para matar á una

criatura que le quiere más que se merece.

FERN. Usted tiene la culpa.

LINARES. Yo!

FERN. Usted.

ANDUAGA. Mire usted eso... *(Por Aurora que está anonadada.)*

FERN. Ustedes lo han querido, sea. Si despues de lo que van á saber, creen ustedes que yo puedo hacer la felicidad de Aurora, me casaré. Un momento. *(Aurora se incorpora en la butaca.) (Váse Fernando.)*

ANDUAGA. Pero esto es incomprensible.

LINARES. Creo adivinar...

ANDUAGA. ¿Sabes algo? ¿Qué misterios son estos? Habla.

AURORA. Sí, hable usted, *(Levantándose.)*

LINARES. Chist! Aquí está. *(Aparece Fernando triste y abatido con una carta en la mano.)*

FERN. Lean ustedes. *(Le da la carta á Anduaga.) (Pausa. Durante la cual Linares y Anduaga pasan rápidamente la vista por la carta: despues se quedan mirando uno á otro con asombro.)* ¿Qué fecha tiene esa carta?

LINARES. Quince de Agosto de este año.

FERN. El dia ántes de llegar usted *(á Linares)* á Biarritz. ¿Creen ustedes ahora que yo debo casarme con Aurora? (*Pausa.*) ¿Lo ven ustedes?

AURORA. ¿Pero qué dice ese papel?

FERN. Es una carta de un amigo mio, empleado en el Ministerio de Estado. Ese amigo sabia como yo la desgracia que á usted habia ocurrido; sabia el objeto de mi viaje, y me decia hace un mes, que se habia presentado en la interpretacion de lenguas el testamento del Duque de Astudillo, nombrando heredero á su sobrino Luis... á su padre de usted. Yo me propuse retardarle la noticia para ver si

conseguia corregir algo su carácter, que podia traerle nuevas desgracias; pero al dia siguiente llegó el señor; me aseguró que la noticia no era cierta, porque el heredero era Gaspar el hermano de usted.

LINARES. Es verdad. Y yo me acuso de esta mentira, si bien de ella no me arrepiento; porque en igualdad de circunstancias, volveria á mentir siempre.

FERN. Pues esa mentira es nuestra desgracia.

LINARES. Pues no lo entiendo.

FERN. Pues es muy sencillo. ¿Qué pensarán de mí cuantos sepan que usted no ha sabido que era Duque y poderoso, hasta despues de haberme otorgado la mano de su hija, cuando hace un mes que á mí se me habia comunicado la noticia?

LINARES. Pero...

FERN. No quiero verme nunca humillado á los ojos de nadie. Siempre estaré temiendo que haya quien pueda pensar que yo no buscaba en Aurora la felicidad, sino la fortuna, y que para lograrla me valí de la superchería y del engaño. Esta idea me mataria... y no me dejaria tampoco hacerla feliz... y usted no puede querer esto: ¿no es verdad?

AURORA. El renunciar la herencia.

FERN. Seria para mí un eterno remordimiento. No hay más que resignarse...

AURORA. Adios!

FERN. Adios! *(Disponiéndose á salir.)*

LINARES. ¡Alto ahí! No podrán ustedes quejarse de mi paciencia. He oido con la mayor tranquilidad todas las sandeces que aquí se han dicho;

pero ya se van ustedes formalizando, y ahora me toca á mí.

ANDUAGA. ¡Vamos á ver, hombre!

LINARES. Cuando llegué á Biarritz dispuesto á cumplir la última voluntad de mi buen amigo, vi en usted la única persona que podia colocarles en las condiciones que exigia el testador, puesto que con su decidido empeño de hacerles bien, iba á corregir el carácter de estos locos de atar como lo ha conseguido. Pero tambien vi en usted al marido que el testador exigia para ésta: quise de ello cerciorarme, y por eso oculté á usted la verdad. La eleccion ha de ser á juicio mio, y no me conformo con otro, ni creo que ésta tampoco. De modo que la negativa de usted es la ruina de esta familia. Ahora, despues de lo que acabo de decir, puede usted marcharse si gusta. *(A Fernando.)* No direis que el señor no tiene una manera de querer muy particular. *(A Aurora y Anduaga.)*

FERN. Pero...

ANDUAGA. De modo que aquí nosotros somos los humillados... y en tal caso, con arreglo al criterio de usted...

LINARES. Hombre, sí; eso faltaba; y entónces os llevo á todos á Leganés.

AURORA. Nó; ese criterio no podemos seguirlo nosotros, porque...

LINARES. Anda, hija; dilo.

AURORA. Porque no somos egoistas.

FERN. ¿Dudas de mi amor?

AURORA. ¿Qué amor es ese, que no me quiere dar la dicha á cambio de un poco de vanidad mortificada?

FERN. ¡Aurora, perdon!

LINARES. Quite usted allá, que no la merece; pero no por el Ducado, ni por las riquezas, que nada valen comparadas con ese corazon. ¡Ven acá, chiquitina!

ANDUAGA. ¡Hija mia!

FERN. *(Tendiéndole una mano y suplicante.)* Aurora!

LINARES. ¡A perdirla de rodillas!

ANDUAGA. ¡Así, hijos! *(Juntando las manos de Aurora y Fernando.)*

LINARES. Yo no sirvo para esto. Ahora todos llorando.

AURORA. *(A Fernando con gravedad cómica.)* Pero no de rabia como entónces, cuando aprendi que me querian mejor los que me hacian llorar, que los que me hacian reir. *(Con sentimiento.)* ¡Ahora es de felicidad! Lágrimas que Dios envia, porque es sin duda el que mejor nos quiere. *(Grupo.) (Cae el telon.)*

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El Barómetro....	1	peseta.
La Petaca....	1	id.
El Testamento de Acuña.........	2	id.
Quien bien te quiera.............	2	id.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid.—*Contaduría del Teatro Español.*—Librerías de la *viuda é hijos de Cuesta*, de *Moya* y *Plaza*, calle de Carretas; de *A. Duran*, Carrera de San Jerónimo; de *L. Lopez*, calle del Cármen, y de *M. Escribano*, calle del Príncipe.

En Provincias.—Los comisionados de la Galería dramática El Teatro, del Sr. *Gullon*.